BOLSILIBROS BRUGUERA

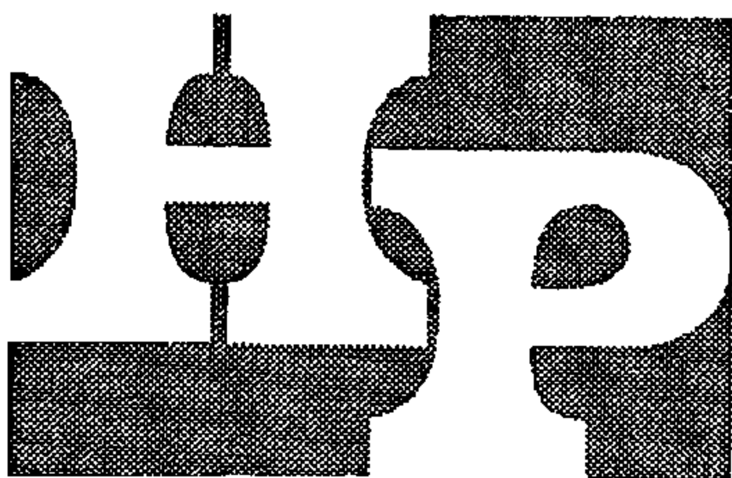
OESTE

SERIE HEROES DE LA PRADERA

Keith Luger

LOS CAÑONES DE CHAVES







Héroes de la PRADERA

ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

En Colección BISONTE SERIE ROJA:
1.283 — La historia de Bill *el Melenas.*

En Colección SERVICIO SECRETO.
1.250 — Cita con el asesino.

En Colección BUFALO SERIE ROJA:
967 — El Oeste en llamas.

En Colección SALVAJE TEXAS:
729 — La venganza es mi oficio.

En Colección KANSAS:
667 — Mala hierba nunca muere.

En Colección BRAVO OESTE:
581 — Tres hombres van a morir.

En Colección PUNTO ROJO:
637 — Vacaciones para un muerto.

En Colección CALIFORNIA:
752 — La historia de Buby *el Llorón.*

En Colección ASES DEL OESTE:
292 — Doctor whisky.

En Colección COLORADO:
610 — ¡Lucha por tu vida, gringo!

En Colección HEROES DE LA PRADERA:
238 — Cuadrilla de truhanes.

En Colección BISONTE SERIE AZUL:
82 — La chica del rifle de oro.

En Colección BUFALO SERIE AZUL:
5 — Asesino Murray.



Keith Luger

LOS CAÑONES DE CHAVES

Colección
HEROES DE LA PRADERA n.º 262
Publicación semanal
Aparece los JUEVES

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA · BOGOTA · BUENOS AIRES · CARACAS · MEXICO

ISBN 84-02-02518-8
Depósito legal: B. 22.673 - 1974
Impreso en España. Printed in Spain
1ª edición en esta colección: julio 1974

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1974

CAPÍTULO PRIMERO

—Ahí viene ya el gringo —dijo Raúl Moreno.

—Déjamelo, lo tumbaré yo —repuso Eleuterio Gómez.

—Mi puntería es más buena.

—Pero estás casi borracho…

—¿Yo borracho…? ¡Estás loco, Eleuterio…! Sólo bebí dos vasos de tequila.

—Dos detrás de otros dos, y otros dos…

—Silencio… Ya viene.

Raúl Moreno levantó el rifle y lo apoyó en la roca.

El jinete gringo apareció por la curva del camino.

Raúl cerró un ojo y apretó el gatillo.

Sonó un estampido y el jinete se desplomó del caballo.

Raúl dijo:

—Le di en toda la cresta…

Eleuterio chascó la lengua.

—Era un blanco fácil… Si hubieses fallado, te habría cortado el pescuezo con mi cuchillo.

Raúl le pegó una palmada en la espalda.

—Vamos por el caballo y el dinero… Hoy hicimos un buen negocio.

Los dos mexicanos corrieron por entre las rocas y finalmente descendieron por la ladera.

Al llegar abajo, se detuvieron a un tiempo, asombrados…

El caballo estaba allí, pero el gringo había desaparecido.

Eleuterio abrió la boca para soltar una maldición, pero se interrumpió porque en ese momento oyó una voz a su espalda:

—Suelten las armas.

Los dos mexicanos se habían quedado rígidos, de muestra, pero

finalmente abrieron las manos y los rifles cayeron en el polvo.

—Ya pueden volverse —dijo aquella voz.

Los dos giraron y entonces pudieron ver al gringo.

Era un hombre de unos treinta años, de tez bronceada, ojos azules, brillantes. Sostenía el revólver con la diestra.

—¿Sabéis rezar? —preguntó.

Los dos mexicanos se miraron y por fin Eleuterio dijo:

—A mí se me olvidó.

—Qué pena… Entonces, dedica un recuerdo a tus padres.

—¡Espere un momento…! ¡Yo no tuve padre!

—A tu madre.

—Sí, tengo una madre y es muy viejecita… Señor, usted no me puede matar. Ella se va a quedar sola en el mundo… ¿Quién la va alimentar? ¿Quién la va a cuidar…?

Raúl gritó:

—¡Señor, no dispare…! ¡Soy padre de siete hijos…! Somos pobres. El único dinero que entra en la casa es el que yo llevo.

—Sí, claro. El que robas a los viajeros.

—Yo quise trabajar, señor… Pero en mi pueblo no hay trabajo. Tampoco lo hay en cien millas a la redonda… Usted ya sabe… No podía dejar morir a mis hijos, y nos dedicamos a esto.

—Sois un par de farsantes… Bien, os dejé hacer vuestra defensa. Ahora…, adiós.

El gringo arqueó el dedo en el gatillo.

Los dos mexicanos, como si se hubiesen puesto de acuerdo, se arrodillaron y chillaron a un mismo tiempo.

—¡No me mate, señor! —chilló Raúl.

—¡Apiádese de nosotros…! —gritó Eleuterio.

Los dos mexicanos empezaron a avanzar hacia el gringo, de rodillas, levantando una gran polvareda.

—¡Quietos, maldita sea! —ordenó el gringo.

Los mexicanos se detuvieron.

Sus rostros estaban despavoridos, llenos de sudor, y sus ojos miraban desorbitados el revólver que manejaba el hombre que estaba frente a ellos.

—No tengo ninguna razón para perdonaros la vida… Vosotros me ibais a matar a mí.

—¡Seremos sus esclavos, señor! —exclamó Raúl—. Usted puede

mandar de nosotros lo que quiera… ¿Verdad que sí, Eleuterio?

—Seguro. Pídanos lo que quiera, gringo.

—No tengo nada que pediros.

—Quizá alguien le moleste en la vida… Raúl y yo nos encargaremos de quitarlo del medio.

—Sois un par de bandidos de baja estofa… Y ya os ganasteis un puesto en el infierno antes de que yo os conociese.

En aquel momento, se oyó una cabalgada por el monte Los dos mexicanos miraron hacia allá.

—¡Por San Pancracio! —dijo Eleuterio—. ¡Son los hombres de Chaves…!

Instantáneamente, él y Raúl llevaron las manos al revólver.

—Apartad las manos de ahí —ordenó el gringo.

—Señor, tenemos que defendernos —gritó Eleuterio.

—¿De quién?

—De esos hombres, son forajidos.

—Oh, si, y vosotros sois un par de angelitos.

—No lo entiende, señor… Son los hombres de Chaves… ¡Nos matarán en cuanto nos vean…!

—¿Por qué os van a matar?

—Por la competencia, señor.

—Eso es muy divertido.

—No lo es para nosotros… Por San Pancracio. Tiene que dejarnos sacar el revólver para defendernos…

—No voy a consentir tal cosa.

—Ellos nos matarán…

—Soy yo quien os va a matar… Tengo un derecho preferente.

—Oh, no, señor… Recuerde, tengo siete hijos.

—El de los siete hijos es tu compañero.

—Perdone. Es que me estoy haciendo un lío.

Cuatro jinetes aparecieron por entre las rocas.

El gringo les dirigió una mirada rápida.

Eran también mexicanos, con aspecto desaseado, sucio. Los cuatro se detuvieron y el que iba a la cabeza del grupo se echó a reír.

Fue la señal para que los otros tres también riesen.

Eleuterio y Raúl continuaban de rodillas en el suelo y ahora estaban perplejos, observando a los recién llegados. El que primero

había reído de los jinetes dijo:

—Ande, gringo, mátelos ya.

El gringo estaba inmóvil, aunque continuaba con el revólver en la mano apuntando a Eleuterio.

Éste lo miró y dijo:

—Por lo que más quiera… No me mate, señor… Tengo derecho a vivir. Soy un ser humano… Hace tres días me confesé con Fray Bartolomé, y dijo que mis pecados serian perdonados si me arrepentía. ¿Sabe lo que le digo? ¡Me arrepiento!

El gringo no dijo nada.

El mexicano que había hablado antes dejó oír de nuevo su voz:

—Gringo, ¿cuál es su nombre?

—Cliff Dixon.

—Está bien, Dixon, dispare ya.

Dixon lo miró.

—¿Por qué he de hacerlo?

—Apuesto a que estos dos gusanos trataron de robarle.

—Es posible.

—Le tendieron una trampa, ¿verdad?

—Sí.

—Muy bien, ahora es la suya… Llénelos de plomo. ¿Lo oye bien…? Se lo ordeno. Llénelos de plomo…

Eleuterio y Raúl miraron a su verdugo.

Éste había entornado los ojos. De pronto, hizo girar el revólver y lo metió en la funda.

—Sois libres —dijo.

CAPÍTULO II

Los dos mexicanos que estaban de rodillas se pusieron en, pie y corrieron a una hacia Cliff Dixon.

—Gracias, señor… Gracias.

Quisieron besar las manos de Dixon, pero éste se apartó de ellos.

—Ya basta.

En eso oyeron otra vez la voz del jinete.

—Si, ya basta, gusanos.

Eleuterio y Raúl se apartaron de Cliff y los tres miraron, hacia el grupo de enfrente.

—Señor Dixon —dijo el que llevaba la voz cantante—. Eso no estuvo nada bien.

—¿Por qué?

—Ellos son dos bandidos, y lo iban a robar a usted. Debió vengarse de ellos, y sólo podía hacerlo de una forma.

Matándolos.

—Usted me preguntó mi nombre y ahora yo le pregunto el suyo.

—Enrique Vargas.

—Muy bien, Vargas, le daré mi respuesta con respecto a estos dos hombres.

—Gusanos —le quiso corregir Vargas.

—Hombres —repuso Cliff Dixon y tras una pausa, agregó—: Yo podía matarlos o dejarlos vivir y me decidí por lo segundo.

—Es una mala decisión.

—¿Por qué lo cree así?

—Porque ahora usted va a morir con ellos.

—Cuidado. Vargas. Usted no tiene nada que ver en este negocio…

—Claro que tengo que ver.

—Dígame una razón.

—Hace tiempo que quiero matar a estos dos gusanos. Al verlo a usted con el revólver en la mano, pensé que me ahorraría el trabajo… Pero usted se ha rajado, señor Dixon.

—¿Por qué los quiere matar, Vargas?

—Son un estorbo.

—Ellos me dijeron antes que ustedes son competidores no lo quise creer. Pero ya veo que los chicos me dijeron la verdad…

—Hizo usted una mala jugada al guardar el revólver.

—¿Piensa eso?

—Sí, señor Dixon… Hizo muy mal.

Eleuterio se acercó a Cliff y habló muy bajo.

—Tenga cuidado, señor Dixon… Nos van a matar a los tres. Y será mejor que saltemos hacia las rocas.

—Les haremos frente.

—¿Cómo?

—Saquen el revólver cuando llegue el momento y hagan fuego.

—Pero no podemos…

—Recuerden a sus siete hijos y a su madrecita… No los pueden dejar solos en el mundo.

Vargas rió.

—¿Qué se dicen por lo bajo?

—Este muchacho me aconsejaba que nos pongamos los tres de rodillas y que lloremos suplicando por nuestra vida.

—Eso está bien. Vaya que sí. Anden, empiecen.

—¿Qué tenemos que hacer?

—Lo que Eleuterio dijo. Vengan hacia nosotros de rodillas y llorando.

—Ya sé que eso no serviría para nada —dijo Dixon—. Sólo para que ustedes se divirtiesen un rato más…

—Quizá logren enternecernos… ¡Es una orden…! ¡Póngase de rodillas…!

—Muy bien, probaremos —dijo Dixon, y miró a los dos mexicanos con los que primero se había enfrentado.

Quería decirles con los ojos que, cuando se pusiesen de rodillas, tenían que sacar el revólver.

Pero no supo si lo entendían.

—¡Estoy esperando, maldita sea! —gritó Vargas.

Dixon se dejó caer de rodillas en el polvo y ya tenía el revólver en la mano.

Eleuterio y Raúl lo secundaron.

—¡Fuego! —gritó Vargas al ver lo que se avecinaba.

En aquel lugar se produjo un largo trueno.

Cliff Dixon estaba disparando ayudándose con la otra mano. Con ella daba vueltas al cilindro para que las balas saliesen más aprisa.

Eleuterio y Raúl lo secundaron bien porque también estaban disparando.

Vargas y sus forajidos, pillados de sorpresa, poco pudieron hacer.

Los cuatro se derrumbaron de las sillas y quedaron inmóviles.

Otra vez reinó un silencio.

El aire arrastró el humo que habían escupido las armas.

—Por San Pancracio —dijo Eleuterio—. Es para no creerlo… Yo sólo maté a uno.

Raúl dio un suspiro.

—Yo a ninguno… Hice fuego cuando ya no tenía a nadie a quien disparar.

Los dos miraron a Cliff, que se estaba poniendo en pie. Eleuterio dijo:

—Usted se cargó a tres, gringo.

Cliff Dixon se dedicó a reponer la munición del revólver…

—¿Quiénes eran ellos? —inquirió con voz fría.

—Los hombres de Chaves… Tiene treinta hombres a su disposición.

—Veintiséis.

Eleuterio rió.

—Es cierto. Ahora son veintiséis, pero volverán a ser treinta. Chaves tiene que despedir gente que quiere meterse en su pandilla. El solo quiere tener treinta. Nunca pasa de ese número. Dice que es su favorito.

—Bueno, ahora tendrá que admitir a cuatro para cubrir las plazas vacantes. ¿No os gustaría a vosotros ser dos de ellos?

—Oh, no, señor.

—¿Por qué no? Según parece, Chaves es un hombre importante.

—Lo es, señor Dixon, pero nosotros no podemos ir con t Chaves… Se lo explicaré. Él nos considera muy poca cosa.

—Eso quiere decir que intentasteis enrolaros en su pandilla.

—Sí, eso fue el año pasado. Pero no nos quiere porque nos gustan, demasiado las mujeres.

—¿Qué tiene que ver eso? ¿Es que a él no le gustan las mujeres?

—Déjeme terminar, señor Dixon.

—Está bien, termina.

—Raúl y yo no le somos simpáticos al señor Chaves porque le quitamos dos de sus mujeres y eso no lo perdona él.

—¿Dos de sus mujeres? ¿Cuántas tiene?

—Diez, doce… Quién sabe… El señor Chaves tiene todas las mujeres que quiere y también tiene muchos hijos… Algunos dicen que el señor Chaves tiene más de cien hijos por todo el Estado… Usted ya me entiende.

—Sí, creo que te entiendo… Y ahora, hasta la vista.

—¿Se va a ir ya?

—Sí, tengo prisa por ir a Los Madroños.

—¿A qué va a Los Madroños?

—A resolver un negocio.

—Eh, señor Dixon, se olvida de algo.

—Sí, es cierto. Debo deciros una cosa, y es ésta. No volváis a cruzaros en mi camino. Es la primera y última vez que nos vemos. Debí mataros, como dijo el señor Vargas, pero quise perdonaros la vida, No sé por qué lo he hecho. Nunca perdoné la vida a nadie. ¿Lo oís, bien…? Nunca.

—Le estamos muy agradecidos, señor Dixon, porque también nos libró de Vargas y su gentuza.

—Sólo os perdoné porque él me pidió que os matase… Luego, tuve que disparar contra ellos. Eso me recuerda que os tengo que felicitar por haber cumplido lo que os dije con la mirada.

—Señor Dixon, todavía olvida algo.

—¿Qué cosa?

—El botín.

—¿El botín?

—Claro. Esos hombres deben de tener algún dinero en sus bolsillos, y también están sus caballos. Si quiere lo recogeremos todo y haremos tres partes. Para Raúl, para usted y para mí.

—No, gracias. No soy un buitre que le gusta la carroña, y perdonad si os insulto.

—No nos insulta, señor Dixon. Raúl y yo tenemos que ser buitres. Usted ya me entiende. Estábamos sin blanca cuando nos tropezamos con usted y por eso quisimos… —Se mordió, la lengua interrumpiéndose.

—Sí, por eso quisisteis matarme…

—Eso es, señor Dixon.

Raúl intervino:

—No sabe cuánto lo sentimos, señor Dixon… Usted es un verdadero santo… ¿Verdad que sí, Eleuterio?

—Desde luego, Raúl… Rezaremos por usted.

—Creí que no sabíais rezar.

—Bueno, a veces lo hacemos, a nuestra manera… Pero mi amigo y yo vamos a rezar para que usted pueda resolver, su asunto en Los Madroños.

—Gracias, muchachos —sonrió Dixon.

Fue adonde estaba su caballo y saltó a la silla.

Al volver la mirada, frunció el ceño al ver que los mexicanos corrían hacia donde estaban los cuatro muertos y los, caballos.

Oyó un aleteo y observó el cielo.

Dos buitres trazaban círculos alrededor de aquel escenario.

Entonces, Cliff Dixon movió las bridas de su caballo y éste emprendió un galope alejándose de aquel lugar.

CAPÍTULO III

Los Madroños lo formaban un centenar de casas de adobe. Las calles eran irregulares porque las casas habían sido construidas sin obedecer a un plan.

Un riachuelo corría por entre dos alineaciones de casas. De trecho en trecho, en el riachuelo, habían puesto piedras y se formaba un hoyo donde las mujeres lavaban su ropa.

Cliff Dixon pasó por frente a una de las casas sobre cuya puerta se leía: «Jefe de policía».

Al final de aquella calle, que era la más ancha, pero tan irregular como las otras, sobre una pequeña colina, se levantaba una iglesia de muros descascarillados. Por su aspecto, parecía haber sido construida en los tiempos de la conquista española.

Un poco más allá de la casa del jefe de policía, Dixon vio una cantina. También el nombre estaba sobre la puerta: «Jacinta». Se oía mucho jaleo por el hueco, que estaba cubierto por una cortina de canutillo.

Ante el poste había atados tres caballos.

Dixon se detuvo y descabalgó.

Entonces vio acercarse desde la pared a un viejo mugriento.

—Buenos días, caballero.

—Buenos días —contestó Cliff.

—¿Se va a quedar aquí?

—Es posible.

—Entonces, necesitará un hotel.

—¿Lo hay? —preguntó Dixon escéptico.

—Claro que sí, caballero.

—No hace falta que siga llamándome caballero. Soy Cliff Dixon. ¿Cómo se llama el hotel y dónde está?

—Es el de Hernández y está al final de la calle. Puedo llevarle yo.

—¿También tiene establo?

—Sí, desde luego.

—Está bien, entonces llevará mi caballo. Yo iré más tarde. Beberé un trago en la cantina.

—Como quiera.

Cliff sacó una moneda de a dólar.

—Ahí tiene, señor…

—Pedro López.

El viejo aceptó la moneda de a dólar, tomó las bridas del caballo de Dixon y se lo llevó calle abajo.

Cliff entró en la cantina. Había un gran jaleo en una de las mesas. Dos mexicanos tocaban guitarras y otros dos cantaban. Con ellos había tres mujeres morenas, bellas, con blusa de escote redondo y faldas anchas.

Detrás del mostrador Cliff vio a un hombre de espeso bigote.

Se dirigió hacia una de las mesas vacías y se sentó ante ella.

El hombre del bigote espeso, vino con un paño y lo pasó por la mesa. Dijo llamarse Román.

—¿Tiene *whisky*?

—Sí.

—Traiga un vaso y una botella.

Román emitió un gruñido y se fue al mostrador.

Una de las mexicanas vino hacia Dixon, mientras éste liaba un cigarrillo.

—Soy Herminia. ¿Puedo sentarme?

—Sí, desde luego.

Román trajo dos vasos, como si ya supiese que Herminia se iba a sentar con Cliff.

Dixon llenó los vasos.

—Salud —dijo Herminia, haciendo entrechocar el suyo con el de Cliff. Los dos bebieron y luego Dixon dijo:

—Vine en busca de un tipo, Herminia.

—¿Cómo se llama él?

—Dan Tracy.

—¿Dan Tracy…? No, no hay ningún gringo en Los Madroños con ese nombre.

—Llevo siguiéndolo hace tiempo. Quizá se cambió de nombre, ¿lo entiendes? Puede tener ahora otro.

—Sí, es posible, los gringos que cruzan la frontera se cambian muchas veces de nombre. De esa forma rompen con el pasado.

—Sí, Herminia Se puede cambiar de nombre, pero no se puede cambiar de cara y de muchas otras cosas.

—Descríbeme a ese Dan Tracy y quizá pueda ayudarte. Aquí, en Los Madroños, hay algunos gringos. Es posible que Tracy pasase por aquí y yo lo recuerde… Pero me vas a pagar, ¿verdad…?

Cliff sacó dos monedas de a dólar y las puso sobre la mesa.

Herminia alargó la mano.

—Espera un momento —dijo Cliff—. Todavía no me dijiste nada para ganarlos. Dan debe de estar por los treinta y cinco años, y es alto, más o menos como yo, cabello rubio, ojos verdes…

Herminia se quedó pensativa.

—Sí, ahora recuerdo haberlo visto.

—¿Cuándo?

—Hace un par de semanas.

—¿Aquí en Los Madroños?

—Sí, desde luego, yo no me muevo de este pueblo. Pero se fue.

—¿Adónde se fue Herminia?

—No lo sé Iba camino del Sur. Estuvo aquí, en aquella mesa que hay junto a la pared, y me invitó a un trago, como tú.

—¿De dónde venía?

—De Siempreviva.

—Sí, fue en Siempreviva donde estuvo últimamente, pero no se hacía llamar Dan Tracy, sino Edward Cameron.

—No, aquí no dijo ninguno de los dos nombres.

—¿Cómo dijo que se llamaba?

—Vanee.

—¿Qué más?

—Sólo eso Vanee.

—¿Estás segura de que eso ocurrió hace dos semanas?

—Sí. Estuvo unos días en el pueblo y se marchó.

—¿Con quién viajaba?

—Solo.

Cliff apartó la mano de las monedas y Herminia las cogió con avidez.

—¿Adónde vas? —preguntó Dixon.

—Tengo que comprar unas medicinas.

—¿Para quién?

—Para mi hermano. Está enfermo. Hasta ahora no conseguí ni un centavo. Mi hermano tendrá las medicinas gracias a ti. —Se acercó a Dixon y le apoyó una mano en el hombro, envolviéndolo con una cálida mirada—. Supongo que, te quedarás aquí esta noche.

—Todavía no lo sé.

—Quédate. Soy una chica que sabe ser agradecida.

—¿De veras?

Herminia se inclinó sobre él y lo besó con suavidad.

—Hasta luego, Cliff.

El no dijo nada y Herminia salió de la cantina.

Cliff llamó a Román. Le pidió que le preparase algo de comer.

Los dos de la guitarra y los cantantes enhebraban una canción con otra. Sólo se concedían algún descanso para beber tequila. A Cliff le gustaban algunas canciones que hablaban de amores contrariados y de muertes.

Despachó un trozo de carne en salsa. Era un plato fuerte porque contenía muchas especias, de acuerdo con la cocina mexicana.

Pidió pastel de manzana, pero no había. Román le recomendó un dulce de batata, pero Dixon lo dejó después de probarlo.

Pagó dos dólares por todo lo consumido y decidió ir al hotel.

Salió de la cantina. Ya había oscurecido.

Echóse a andar alejándose de la cantina.

De repente, al llegar a un callejón oyó un estampido. Sabía que la bala iba en busca de su cuerpo y se dejó caer sin saber si había sido alcanzado.

CAPÍTULO IV

Cliff ya tenía el revólver en la mano mientras daba vueltas.

La primera bala no le había mordido.

Sonó otro estampido.

Le estaban disparando desde el fondo del callejón.

Ahora vio el fogonazo. La primera bala había pasado por encima de él la segunda se enterró a pocas pulgadas de su cabeza.

Hizo fuego a su vez.

Pero ya el agresor había desaparecido.

Se levantó y echó a correr por el callejón.

Se detuvo en la esquina porque era a la otra parte donde había localizado a su enemigo.

Entonces oyó a lo lejos ruido de una carrera.

Dio un salto. Un mexicano huía. Ahora se detuvo y se volvió.

—¡Quieto! —gritó Cliff.

El mexicano levantó el revólver para disparar.

Cliff apretó el gatillo.

El mexicano lanzó un aullido de dolor y se desplomó en tierra.

Cliff lo siguió apuntando mientras se acercaba.

Al llegar junto al mexicano, le pasó la bota por debajo del cuerpo y lo hizo rodar para ponerlo boca arriba. Aquel hombre estaba muerto. La bala le había atravesado el corazón.

Cliff oyó una carrera a su espalda y giró rápidamente para recibir a un nuevo enemigo.

Vio a un mexicano rechoncho que llevaba uniforme caqui y gorra de plato.

—¡Alto…! Soy el jefe de policía.

—Baje ese revólver, señor jefe de policía.

El mexicano llegó ante Cliff y ya apuntaba con el revólver al

suelo.

—¿Quién es usted? —preguntó después de hacerse cargo del hombre que estaba en el suelo.

—Cliff Dixon. ¿Y usted?

—Soy Romualdo Sánchez. ¿Qué pasó aquí?

—Se lo contaré, capitán.

—Sargento.

—Está bien, sargento, Yo salí de la cantina y me dirigía al hotel cuando este hombre se puso a hacer fuego sobre mi como si fuese el muñeco de un barracón de feria.

—¿No disparó usted primero?

—No. Él me mandó dos balas antes de que yo hiciese fuego.

El sargento Sánchez sacudió la cabeza y dio un suspiro. Se agachó sobre el muerto y le registró los bolsillos. Al levantarse, mostró en la mano cinco monedas de a dólar.

—Es usted caro, señor Dixon.

—¿Lo dice por los cinco dólares?

—Aquí se mata por uno o por dos. ¿Por qué disparó él contra usted?

—No lo sé.

—¿Cómo que no lo sabe?

—Ya lo ha oído. No lo sé.

—¿Es que me va a decir que no conoce a este hombre?

—No, no lo conozco, pero quizá lo conozca usted. ¿Verdad, sargento?

—Sí, sé quién es. Se llamaba Carlos Blanco… Un tipo de mala vida, muy pendenciero… Le gustaban las mujeres.

—A mí también.

—Imagino que no habrán peleado por una de ellas.

—No lo creo, sargento. Sólo hablé con una mujer al llegar aquí.

—¿Con quién?

—Con Herminia.

—Herminia era amiga de Carlos Blanco.

—Quizá vea a Herminia.

—Perdone, señor Dixon, pero ¿puedo preguntarle a que vino a Los Madroños?

—Me hablaron del clima de esta tierra… Estoy un poco mal de los bronquios y me aconsejaron que una estancia aquí me iría muy

bien.

—Oh, sí, comprendo…

—Hasta luego, sargento. Si me necesita, estaré hospedado en el hotel de Hernández.

Cliff se llevó la mano al ala del sombrero y retrocedió por el camino que había empleado para llegar hasta allí.

Cada vez estaba más oscuro y supuso que, en unos minutos, el pueblo de Los Madroños se convertiría en una cueva porque la luna era menguante.

Entró en el hotel y se detuvo en el umbral. Una mujer, de espaldas a él, estaba gritando a un hombre que había tras el registro.

—Tiene que darme ese dinero, señor Hernández.

—Lo siento.

—Tiene que darme ese dinero. Me lo prometió.

El hombre era alto, robusto, de cara cerduna y grasienta.

—Sí, se lo prometí, pero usted me tenía que dar algo a cambio.

—Son cincuenta dólares y le devolveré setenta y cinco.

—Eso yo no lo sé.

—Son unos buenos intereses, señor Hernández.

—Usted sabe que no me refería a los intereses Venga esta noche.

En aquel momento Dixon carraspeó.

La mujer giró hacia él.

Cliff la vio por primera vez.

Poseía un rostro bellísimo, de cejas finamente trazadas con arco, ojos grandes, muy negros, y también era negro el color de su cabello, en contraste con su piel, que era muy blanca.

Ella también llevaba una blusa, pero no era de escote redondo, sino clásico, en uve, y una falda gris.

—Perdonen que interrumpa su discusión. El señor Hernández sonrió.

—Usted debe ser el forastero, Cliff Dixon. Pedro estuvo aquí para encargarle una habitación.

—Sí.

—Aquí tiene la llave. Es la habitación número 4.

Cliff miró otra vez a la joven y echó a andar hacia el registro.

—Puede pagar cuando quiera, señor Dixon —dijo Hernández—. Es un dólar por día.

—Me parece demasiado caro.

—No tengo más remedio que cobrar un dólar. Hay pocos, viajeros y muchos gastos.

—Si, y apuesto a que no hay otro hotel en Los Madroños.

—Éste es el único, pero, a veces, la gente se aloja en las casas de los ciudadanos. Pero son mugrientas y las camas están llenas de miseria. Mis habitaciones son limpias y muy ventiladas. Llevo bien mi negocio, señor Dixon.

—No sé cuánto tiempo voy a estar aquí. Le pagaré cuando me vaya.

—Como usted quiera.

Hernández le seguía alargando la llave para que la tomase. Cliff se rascó con el índice la mejilla.

—Pasemos al otro punto. Es usted un puerco.

—¿Cómo dice?

—Digo que es usted un cerdo de cuatro patas.

—Señor Dixon.

Cliff alargó la mano, atrapó a Hernández y dio un tirón. El mexicano estrelló la barbilla contra el tablero. Sus ojos bizquearon un poco.

Cliff, dijo:

—Esta señorita le pidió un préstamo de cincuenta dólares y, según ella, le iba a devolver setenta y cinco. Pero usted señor Hernández, no se conformaba con esos intereses.

—Ha habido un mal entendido.

—Está bien, señor Hernández, compórtese con más corrección. No me gustan los tipos que se aprovechan de las mujeres.

Le dio un empellón y lo mandó contra la pared Luego Cliff se volvió hacia la joven.

—Disculpé que me entrometiese, pero, sin querer, escuché parte de su conversación. Buenas noches, señorita.

Cliff tomó la llave, que había quedado en el tablero, y subió por la escalera sin volver la cabeza. Una vez en su cuarto, se despojó de la chaqueta y se lavó la cara y las manos en la jofaina. Finalmente, se tendió en el lecho, después de apagar el quinqué.

Transcurrió una hora.

De pronto el pomo de la puerta empezó a girar.

Cliff alargó la mano y tomó el revólver de la mesilla de noche.

La puerta se abrió poco a poco y en el hueco Cliff vio una figura de mujer.

—Voy a disparar —dijo Cliff.

La mujer se quedó rígida.

—No dispares. Dixon. Soy Herminia… Menudo susto me has dado.

La joven entró en la habitación y cerró la puerta. Cliff la vio avanzar en la oscuridad.

Dixon dio un suspiro y puso otra vez el revólver en la mesilla de noche.

Herminia se detuvo cerca de la cabecera.

Cliff vio sus ojos que lo miraban.

Ella se sentó en el borde de la cama.

—¿Por qué no llamaste a la puerta, Herminia?

—Quería sorprenderte. Pensé que estarías durmiendo. Te iba a despertar con un beso.

—Tendrá que ser, al contrario.

—¿Cómo?

—Me tendrás que dormir con besos —dijo él y tiró con fuerza de ella.

Sus bocas se juntaron.

En un momento determinado, ella dijo:

—Me gustas, Cliff.

—Y tú a mí.

—Creo que te voy a querer mucho, Cliff.

—Yo también.

Ella lo besó otra vez en los labios.

Dixon supo lo que ella estaba haciendo. Mientras lo besaba, Herminia movía la mano hacia el revólver de la mesilla de noche.

La dejó que llegase a tocar la culata y entonces la atrajo violentamente hacia él.

—¿Qué ibas a hacer, querida?

—¿Yo…? Nada —contestó la joven con la mayor ingenuidad.

Cliff le soltó una bofetada con la mano libre.

Herminia lanzó un grito y salió despedida de la cama. Luego Cliff se puso en pie y encendió un fósforo que aplicó al quinqué.

La estancia se iluminó. Herminia estaba en el suelo frotándose la mejilla que el le había golpeado.

—Eres un bastardo.

—Claro, soy un bastardo por no haber dejado que me saltases la tapa de los sesos… Anda, levántate.

Herminia se puso en pie y echó a correr hacia la puerta. Cliff corrió también y cerró la puerta cuando ella ya la había abierto. Luego atrapó a Herminia por el cuello y la aplastó contra la pared.

—Cuidado, me vas a ahogar.

—Es justo lo que voy a hacer si no hablas, dulzura.

—No tengo nada que decir.

—Yo diría que es todo lo contrario, que tienes muchas cosas que contarme.

—Por favor, déjame marchar.

—Tú avisaste a Carlos Blanco. Le dijiste quién era yo y él me esperó fuera de la cantina para enviarme al cementerio… Por cierto, lo vi a mi llegada y no me gustó. Sus paredes están derruidas y había muchos lagartos. No, querida, cuando lo vi, me dije que no me gustaría tener mi fosa en Los Madroños.

—Muy bien, márchate y podrán llevarte a otro cementerio cuando mueras.

—Aceptaré tu idea, pero eso no te va a librar de contarme tus cosas. ¿Qué me dices de Carlos Blanco?

—Te equivocas. Yo no hablé con él.

—Muy bien, no hablaste con él, pero hablaste con Dan Tracy.

—Ya te dije que no está aquí.

—Oh, sí, recuerdo perfectamente la historia. Dan Tracy pasó por este pueblo hace dos semanas. Se dirigía hacia el Sur y venía de Siempreviva.

—Así es.

—No, pequeña. Carlos Blanco y tú lo echasteis a perder. Dan Tracy está aquí, en Los Madroños.

—No.

Cliff apretó más el cuello de la joven.

Los ojos femeninos se desorbitaron.

—Por favor, no…

—Tracy está aquí en Los Madroños. Confiésalo.

—Sí.

Cliff disminuyó la presión de su mano en el cuello de Herminia.

—¿Dónde está?

—En la última casa de la calle.
—¿Quién hay con él?
—Nadie.
—No quiero que me engañes esta vez.
—No hay nadie.
—¿Desde cuándo está en el pueblo?
—Desde hace dos semanas.
—¿Cómo se hace llamar?
—Luke Jarrett.
—Conque el hermano tuyo, que necesitaba las medicinas era él… Saliste de la cantina para avisarle.
—Sí.
—¿Por qué?
—Porque es un hombre bueno.
—Vaya, eso no lo sabía, pero me gusta conocer bien a las personas. —Cliff tomó a la joven por el brazo y la empujó al interior de la habitación.
—¿Qué vas a hacer conmigo?
—Te vas a quedar quietecita mientras yo me doy una vuelta por el pueblo.
—¿Adónde vas?
—¿No lo supones? Quiero visitar a nuestro amigo Dan Tracy. Me gusta dar sorpresas a los hombres que son buenos.
—¡No quiero que le hagas daño!
—Oh, no, cuando lo vea le daré un beso en la frente y le diré: «Gracias, señor Tracy, por haber intentado asesinarme dos veces en el mismo día. Después de todo, no tuvo importancia porque tengo siete vidas como los gatos».
Cliff metió el revolver en la funda y se puso la chaqueta.
—Hasta luego, ricura.
Salió del cuarto, pero, antes de cerrar, sacó la llave de un lado y la metió por el otro. Después de dar una doble vuelta en la cerradura guardó la llave en el bolsillo, y se encaminó a la escalera.
Abajo vio a Hernández en el registro. El mexicano le sonrió.
—¿Se va ya, señor Dixon? Creí que dedicaría un rato a su agradable visitante.
—¿Qué le dijo ella?
—Que habían quedado citados… Es hermosa la chica y muy

simpática… Tiene grandes ocurrencias…

—Sí, sobre todo eso. Tiene grandes ocurrencias —contestó Cliff, y se dirigió hacia la calle dejando perplejo a Hernández.

De pronto, oyó unos pasos procedentes de un callejón.

Se detuvo, pegado a la pared. Un hombre viejo, encorvado, pasó por enfrente. Iba con mucha prisa.

Se perdió en la oscuridad y entonces él, Cliff, continuó su camino.

Llegó a la última casa de la calle y se preguntó si Herminia le habría engañado una vez más.

Una de las ventanas estaba iluminada.

Se acercó a la ventana. Miró a través de los cristales y vio una habitación, pero en ella no había nadie.

Empujó la ventana porque estaba entreabierta. Dio un salto y se encaramó al alféizar. Luego, le fue fácil colar en la habitación.

Oyó pasos que venían hacia una puerta y se acercó rápidamente a la pared mientras desenfundaba.

La puerta se abrió y entró un hombre rubio. Lo vio de espaldas, pero lo identificó en seguida. Aquél era el hombre que había ido a buscar a México.

CAPÍTULO V

El rubio giró para cerrar la puerta y entonces descubrió, a Cliff.

—Cierre, Tracy —dijo Cliff.

El rubio cerró y se quedó mirando Al hombre que le apuntaba con el revólver. Sonrió.

—El jefe de policía me aseguró que en Los Madroños no había ladrones.

—Qué cochino mundo, ¿eh? Cómo nos engaña la gente.

—Bueno, si quiere dinero lo va a tener.

—¿De veras?

—Sí, guardo unos dólares en el secreter. —Dan Tracy se dirigió hacia el mueble que estaba junto a la pared.

—Párese o le parto la espina dorsal, Tracy —ordenó Cliff.

Tracy se detuvo y se volvió lentamente.

—Entiendo, piensa que guardo en el cajón un revólver y que lo voy a sorprender.

—Sí, es posible que crea eso porque es el tipo de las sorpresas.

—No le entiendo.

—Es usted el que me ha asombrado a mí. ¿Qué me dice de Carlos Blanco?

—¿Carlos Blanco? No le conozco.

—Oh, desde luego, y tampoco conoce a Herminia.

—Sí, a Herminia sí. Bonita chica.

—Se ve que ella lo quiere mucho.

—¿Se lo dijo Herminia?

—Sí, me lo dijo poco después de intentar meterme una, bala en el cráneo.

—Qué mala costumbre tiene esa chica. Yo he tratado de civilizarla.

—Al parecer consiguió poco.

—Pero no pierdo la esperanza de lograr que se convierta, en una mujer con instintos normales.

—No, Tracy, ahí se equivoca.

—¿Tan mal ve a Herminia?

—Es a usted al que veo mal. Se va a morir.

Dan Tracy sonrió divertido.

—No puedo morirme, Tengo una salud de roble.

—Los robles también se resquebrajan, y caen, y sólo sirven para leña.

—Por favor, señor Dixon, no me desmoralice. Sólo tengo treinta y dos años…

—Le regalaré un proverbio.

—Está bien, escupa aquí todo el sobrante de sus alforjas.

—«Más vale morir joven que con dentadura postiza». El, dicho no es mío. Lo oí en otro pueblo mexicano.

Dixon terminó de hablar y arqueó el dedo en el gatillo.

—¿Va a disparar así, sin más ni más? —inquirió su víctima.

—Sí, señor Tracy.

—¿A sangre fría?

—A sangre fría.

Tracy chascó la lengua.

—No, no lo creo… Soy compatriota suyo. ¿No oyó un discurso de Lincoln…? No me refiero al de Gettysburg sino al que pronunció en el Congreso, en el 60. Lo publicaron todos los diarios del país.

—No leo mucho.

—Muy bien, yo le diré lo que dijo. —Tracy levantó un dedo hacia el techo—: «Debemos probar que un americano es hermano de otro americano y que se deben ayudar en todas las circunstancias».

—No siga, tengo lágrimas en los ojos.

—Aquí está mi mano —dijo Tracy tendiendo la diestra.

—Otra vez será, hermano.

—Vamos, hombre, no sea así.

—Lo siento, Tracy. Aquí no hay nada personal. Es mi profesión.

—Asesino a sueldo, ¿eh?

—No, Tracy. No soy un asesino.

—Creo que ahora los llaman justicieros.

—Sí, esa palabra es mejor… Usted hizo una canallada y ahora lo debe pagar. Por eso acepté, porque es un canalla, a pesar de su simpatía.

De repente, Cliff oyó una voz femenina a su espalda.

—Señor Dixon, si usted dispara, yo también dispararé.

Cliff no volvió la cabeza. Sabía por experiencia que no debía volverla cuando estaba encañonando a un hombre.

Sus reflejos mentales eran rápidos. Suponiendo que aquella mujer estuviese diciendo la verdad, él debía seguir apuntando al rubio porque era una vida por otra.

Dan Tracy se echó a reír.

—No tuvo suerte esta vez. Ande, tire el revólver.

—No, ése no es el negocio.

—¿Es que no lo ha oído? Una mujer lo está apuntando por detrás.

—Sí, pero, con toda seguridad, disparará en cuanto yo haya dejado caer el revólver.

—No, no hará eso.

—No lo creo.

—¿Quiere que se lo jure?

—¿Usted…? Resulta gracioso. ¿Qué valor tiene para usted un juramento?

El rubio se cruzó de brazos.

—Bueno, en tal caso, ¿que sugiere? ¿Que estemos así hasta el día del juicio final? Usted me apunta a mí y ella lo apunta a usted…

—Hay una forma de arreglarlo.

—¿Cómo? Y no me diga que ella salga. Tampoco se lo voy a aceptar.

—No será justo para ambas partes.

—Le escucharé, justiciero.

—Ella se va a poner frente a mí. Sólo entonces podremos terminar este juego. ¿De acuerdo?

Cliff vio como el rubio miraba hacia la mujer y le hacía un gesto afirmativo con la cabeza.

En seguida, Cliff oyó los pasos de ella a su espalda. Poco a poco se movió hacia la derecha.

Al fin, la vio con el revólver en la mano.

Era la bella joven que había conocido en el hotel de Hernández.

CAPÍTULO VI

—Qué sorpresa —dijo Cliff Dixon—. Nos volveremos a ver.

Ella lo apuntó al pecho con el revólver.

El rubio dijo:

—¿Os conocéis?

Cliff guardó silencio para que fuese ella quien hablara.

—Sí —contestó la joven—. Lo vi en el hotel de Hernández.

El rubio sacudió la cabeza.

—Guarde el revólver, Dixon.

—Bájelo usted, señorita.

Ella bajó el revólver y entonces Cliff enfundó el «Colt».

—¡Mátalo! —dijo Dan, pero ella continuó con el arma apuntando al suelo.

Reinó un gran silencio y el rubio dijo:

—¿Qué te pasa, Kathy?

—Hiciste un pacto con él y debemos respetarlo.

—Es un asesino. ¿Es que no lo oíste? Él se llama otra cosa, pero es un asesino.

Cliff dejó oír su voz ronca.

—Tracy, está jugando con fuego. Si ella me apunta otra vez con el revólver le agujereo la cabeza a usted. Se lo juro.

—Es un fanfarrón.

—Muy bien. —Cliff hizo una pausa y habló sin mirar a la joven, los ojos fijos en Tracy—. Kathy, levante el revólver y dispare contra mí.

Se desgranaron tres segundos.

—No hace falta que continúe con su desafío, señor Dixon —dijo Kathy—. No voy a levantar el revólver.

La cara del rubio parecía tallada en granito.

—Está bien, Dixon, ya terminó el juego. Márchese.

—Todavía no.

—¿Qué quiere ahora?

—Sólo hacerle una advertencia. Lo buscaré y lo mataré. No me importa donde vaya. La tierra no es bastante grande para que usted se oculte. —Dixon retrocedió hacia la puerta—. Recuérdelo. Lo mataré.

Salió de la habitación sin dar la espalda y se encontró en el vestíbulo. En seguida, abrió la puerta de la calle.

Caminó lentamente hacia el hotel.

El pueblo estaba envuelto en el mayor silencio, pero conforme se acercaba al hotel, empezó a oír cantos y risas procedentes de la cantina de Jacinta.

Entró en el hotel y el encargado le dijo:

—Hace fresco esta noche.

—Sí, mucho.

Subió la escalera y abrió la puerta de su habitación.

Herminia estaba tendida en la cama, durmiendo.

Dio un suspiro y la despertó.

—¿Qué pasa? —dijo Herminia restregándose los ojos—. Ah, eres tú… —De pronto saltó de la cama gritando—: ¡Has matado a Dan! ¡Lo has matado!

—No, tu querido Tracy vive.

—Mientes.

—Es cierto que vive.

—¿Por qué no lo mataste?

—Porque no pude.

—Sigo sin creerlo.

—Al parecer, al rubio se le dan bien las mujeres… Primero tú quisiste salvarlo matándome, y ahora, otra mujer le echó una mano.

—Es otro embuste.

—Tú eres la embustera. Me engañaste. Él no está solo. Está con una mujer, con Kathy.

Notó que en los ojos de Herminia brillaba una lucecilla de ira.

—Esa mujer lo perderá.

—¿Por qué piensas eso?

—Tracy no debe hacer caso de ella. Sé que esa mujer lo destruirá.

—¿Quién es Kathy?

—Y yo qué sé. Una mujer que se trajo de tu maldito país.

Herminia echó a andar, pero se detuvo junto a la puerta.

—Puedo ofrecerte un trabajo, Cliff.

—¿Qué clase de trabajo?

—Ya sé qué es lo tuyo… Conozco a los de tu clase. Matan por un precio.

—Es posible.

—Muy bien, te alquilaré.

—¿Y a quién tendría que matar?

—A Kathy.

—No, cariño, yo no mato a las mujeres. Además, me habrías tenido que dar una buena razón y los celos no son bastante para mí.

—Vete al infierno —dijo Herminia, y salió de la habitación pegando un portazo.

Cliff Dixon encendió un cigarrillo y se tendió en la cama. Era curioso aquel Dan Tracy. Dos mujeres estaban dispuestas a matar por él.

Sin embargo, debía admitirlo todo de Herminia. Era una muchacha bella, pero vulgar, una muchacha de *saloon*. Es corriente que las de su clase se enamorasen locamente de un hombre y estuviesen dispuestas a morir por él.

Kathy era muy distinta a Herminia.

Parecía una chica refinada.

Herminia le había dicho que Kathy había venido de su país acompañando a Dan Tracy.

Indudablemente tenía razón.

Kathy era una compatriota suya.

Pero ¿cómo una mujer como ella podía amar a un hombre como Dan Tracy?

No lo comprendía.

Arrojó el cigarrillo al suelo y decidió que lo mejor era dormir.

Antes tendría que cerrar la puerta con llave y colocar una silla. No quería ser sorprendido por nadie. Ahora sabía que podía ser degollado si tenía un descuido, o cosido al colchón con plomo.

Se levantó y fue hacia la puerta.

Creyó oír pasos en el corredor.

Alguien se había detenido al otro lado de la puerta.

Un nuevo enviado de Dan Tracy.

Sacó el revólver y abrió de un tirón.

Sí, no se había equivocado. Allí estaba.

Era aquella hermosa mujer, Kathy.

CAPÍTULO VII

Ella lo estaba mirando fríamente. Llevaba un bolso, que sujetaba contra el estómago.

—Si viene a matarme, tendrá que guardar turno —dijo Cliff.

—¿Qué…?

—Hace poco estuvo aquí una chica que quiso hacer lo mismo.

—No he venido a matarle. Sólo quiero hablar con usted.

—¿Acerca de qué?

—De Dan Tracy.

—¿Va a suplicar por su vida?

—No haga esta escena más desagradable de lo que es, señor Dixon. —Hizo una pausa—. ¿Me deja pasar?

—Está bien, la dejaré pasar. Ella entró y él le quitó el bolso de un tirón.

—Eh, ¿qué hace…? Deme ese bolso.

Cliff cerró la puerta y se apoyó en ella.

Abrió el bolso, pero dentro no había ningún revólver n, cuchillo. Sólo algunos objetos femeninos.

Miró a Kathy, cuyos ojos brillaban coléricos.

—Le dije que no venía a matarle, señor Dixon.

—Disculpe que no la creyese, pero ya no me puedo fiar de nadie.

—¿Quién es la mujer que lo quiso matar?

—Herminia.

—Oh, sí, esa chica.

—¿La conoce?

—Desde luego. Está enamorada de Dan.

—Es un muchacho muy solicitado, ¿no le parece?

—Señor Dixon, no he venido aquí a discutir sobre los amores de Dan.

—No, ya sé que ése no va a ser el tema. Usted quiere que yo me marche de aquí… Que abandone mi idea de matar Dan Tracy.

—Sí, eso es.

—Debió ahorrarse el viaje.

—¿Por qué está obsesionado con la idea de matarlo…? Dan no le hizo nada… No comprendo cómo un hombre puede perseguir a otro centenares de millas cuando ni siquiera lo ha visto una vez en la vida… Confiéselo. Usted no conocía a Dar antes de que le encargasen matarlo.

—No, no lo conocía.

—¿Sabe dónde le coloca eso?

—Dígamelo.

—A la altura de un animal de la jungla.

Cliff sonrió.

Ella levantó la barbilla. Sus hermosos ojos negros brillaron otra vez, coléricos.

—¿Por qué se ríe? ¿Es que lo encuentra divertido?

—Bastante. Le diré la razón… Me han llamado cosas peores, pero usted es una chica con mucha educación y hasta insultando demuestra su clase… Soy un animal de la jungla. Me gusta… Palabra que sí.

—Deje ya de burlarse.

—Le aseguro que no me burlaba.

Reinó un silencio entre ambos.

La joven dijo de pronto:

—¿Cuánto le pagan por matar a Dan?

—Mil dólares.

—No está mal. Es una fortuna.

—Soy un pistolero caro.

—¿No le da vergüenza decir eso?

—No, no me da vergüenza.

—Está bien, señor Dixon, Yo voy a deshacer su compromiso.

—¿De qué forma?

—Pagándole, naturalmente.

Cliff arrugó el ceño.

—Ya le registré el bolso. No llevaba dinero en él Y no me diga que va a recibir una cantidad importante. Recuerde que, cuando llegué, la sorprendí pidiendo un préstamo de cincuenta dólares a

Hernández.

—Tengo algo que vale mil de mil dólares, señor Dixon…

Cliff la miró de pies a cabeza y la joven apretó los menudos dientes.

—No se trata de eso, señor Dixon.

—¿No?

La joven se quitó un pendiente y alargó el brazo hacia Cliff.

—Vea eso.

Cliff tomó el pendiente.

Sus dedos rozaron la mano de ella y notó que era suave como los pétalos de la rosa.

Observó el pendiente.

Era de brillantes y tenía una perla.

—El juego vale dos mil dólares, señor Dixon.

La joven fue a quitarse el otro pendiente.

—No haga eso —dijo Cliff.

—Son suyos si se marcha, señor Dixon.

—No puedo hacer tal cosa.

—¿Por qué no?

—Yo nunca defraudo a un cliente. Quiero decir que jamás lo traiciono. Me encargan una misión y he de cumplirla.

—Me deja usted perpleja. ¿Cómo puede hablar así, como si se tratase de cualquier otra clase de trabajo y no de matar…? Oyéndole, parece que le han encargado que compre unas cuantas reses, o que venda una partida de calzado.

—Esto es mucho más serio que comprar reses o vender calzado.

—Ya sé que matar es mucho más serio, señor Dixon… Se trata de quitar la vida a un ser humano… Pero es usted quien no le da la debida importancia… Dan dice que es usted un asesino, pero yo ahora me digo que es algo más.

—¿Qué. Kathy?

—Un loco.

Cliff sonrió con sarcasmo mientras sospesaba el pendiente en la mano.

—Está hablando mucho sobre la muerte, Kathy, y sobre mí. Pero no me ha preguntado todavía por qué quiero matar a Dan Tracy. Y, por lo que veo, él tampoco se lo dijo.

—No, no me lo dijo.

—Está bien. Ahora lo va a saber. Voy a matar a Dar Tracy porque él es un miserable criminal…

—¿Cómo?

—Mató a cuatro hombres. Y los mató a sangre fría.

—¡No es cierto!

—Lo es, Kathy, y siento decepcionarla con respecto a su amigo. Entérese de una vez. Dan Tracy mató premeditadamente a cuatro seres humanos.

—¿Por qué iba a hacer tal cosa Dan?

—Por dinero. Ésa fue la razón… Por dinero.

La joven rió con sarcasmo.

—Se equivoca. Le han contado una falsa historia, señor Dixon.

—¿Por qué cree que es una falsa historia?

—Porque Dan no tiene un centavo… Alguien lo engañó, señor Dixon. La persona que le dio el encargo a usted de matar a Dan Tracy.

—No, esa persona no me pudo engañar, porque es un caballero, un hombre noble.

—Sin embargo, le mintió.

—Tenía que haberlo visto usted y estaría segura de que no pudo engañarme. Es un viejo de setenta años, un hombre que morirá muy pronto porque padece una grave enfermedad.

—Es absurdo que un hombre viejo que va a morir encargue a otro que mate.

—La explicación es muy sencilla, Kathy. Ese hombre es el padre de una de las cuatro víctimas de Dan Tracy.

Sobrevino una pausa entre los dos jóvenes.

Kathy llevó la mano a las sienes y se las apretó.

—No puede ser… —dijo con un balbuceo.

—Lo crea o no, le he dicho la verdad.

—Pero si Dan Tracy no tiene dinero…

—No se trataba de dinero contante y sonante. Dan Tracy mató a esos cuatro hombres por un botín de oro. Sí, Kathy. Mató por oro valorado en doscientos cincuenta mil dólares.

Kathy se había quedado rígida otra vez.

—Sigo sin creerlo… Es la mayor tontería que he oído en mi vida… Dan no tiene ese oro. No lo tiene… ¿Lo oye…? Se quedó sin dinero hace una semana y también yo agoté el mío. Por eso vine a

pedirle al señor Hernández un préstamo… ¿Cree que Dan habría consentido eso si tuviese el oro?

—Sí, Kathy, lo consentiría… A Dan no le interesa saca el oro.

—¿Sacarlo?

—Sí. Está claro que lo escondió en alguna parte.

—Me lo habría dicho a mí…

—¿Por qué se lo iba a decir a usted?

—La explicación es muy sencilla. Soy su esposa.

CAPÍTULO VIII

Cliff se preguntó por qué se sorprendía. ¿No debía esperar eso? ¿Acaso no era natural que ella fuese la esposa de Dan Tracy?

—Señora Tracy —dijo—. Comprendo que usted trate de salvar la vida de Dan, pero yo no puedo hacer nada por él.

—Puede, porque es usted el hombre que lo quiere matar… Si lleva a cabo su amenaza, mataría a un hombre inocente…

—Usted tiene fe en él porque lo quiere, y está dispuesta a admitir todo lo que Dan le cuente…

—El solo me ha dicho la verdad.

—Oh, no… ¡No se la ha dicho…! Se ha quedado sorprendida cuando le he explicado la razón por la que vine a buscar a su marido a México… También se sorprendió cuando le he dicho lo del oro… Y, especialmente, le causó sorpresa saber que su marido mató a cuatro hombres… ¡Eso quiere decir que Dan no le contó absolutamente nada!

Cliff se acercó a la joven y le puso el pendiente en la mano.

Sin apartarse de ella, dijo:

—Señora Tracy, ¿qué le dijo Dan? Soy un peligroso asesino, ¿verdad…? Sólo vine a México a matarlo porque alguien quiso vengarse de él…

—Dan me lo explicó sin dar muchos detalles. Dijo que lo habían tomado por ladrón… Trabajaba para la Compañía de Vigilantes de Sacramento, una firma dedicada a la protección de toda clase de envíos de dinero… Hubo un robo en la compañía. Cincuenta mil dólares… Los verdaderos ladrones prepararon las cosas para que Dan apareciese culpable… Dan no tenía escapatoria y decidió huir…

—¿Eso es todo?

—Sí.

—Es la historia más enternecedora que he oído en mi vida… Pobre Dan Tracy, una víctima de la confabulación de sus propios compañeros… Lo siento, señora Tracy… Pero su marido la engañó. No hubo tal robo de cincuenta mil dólares. Sólo dijo una verdad. Que él trabajaba para la Compañía de Vigilantes de Sacramento.

¿Cuál es el resto?

—¿Qué importa que lo diga si no lo va a creer?

—Cuénteme la verdadera historia según usted.

—Está bien, se la contaré. —Cliff dio unos pasos hacia la ventana y, al llegar allí, se volvió hacia la joven y dijo—: Dan Tracy y otros cuatro hombres de la Compañía de Vigilantes de Sacramento fueron comisionados para llevar un cargamento de oro desde Sacramento a San Francisco… El envío se hacía por cuenta del Banco Industrial. El oro pertenecía a buscadores individuales que depositaron el metal en el Banco… Debía ser entregado en San Francisco a la compañía aurífera… Todo fue bien durante los dos primeros días del viaje, pero al tercero sobrevino la masacre… Estaban acampados en un valle cuando Dan Tracy se puso a disparar sobre sus compañeros, que dormían. Sólo él estaba haciendo la guardia en ese momento. Fue el crimen más cruel y más repugnante del que tengo noticia…

—Espere un momento.

—Dígame, señora Tracy.

—Acaba de decir que Dan Tracy mató a sus cuatro compañeros que dormían. ¿Cómo sabe que fue Dan?

—Es muy sencillo… Una familia de emigrantes pasó por allí al amanecer y descubrió los cuatro cadáveres… La familia de emigrantes se limitaron a dar sepultura a los muertos. Tardaron otro día en encontrar a un enviado del *sheriff* de San Francisco, que tenía que ponerse en contacto con los empleados de la Compañía de Vigilantes y acompañarlos hasta su destino… Su marido, señora Tracy, nunca se presentó en San Francisco. Desapareció. Y también desapareció el oro… Sume las dos cosas y contésteme… ¿Quién mató a aquellos cuatro hombres? Sólo pudo ser el superviviente. Su marido, Dan Tracy. Y él también fue quien se llevó el oro.

—Pudo ser otra persona y mi marido aprovechar cualquier momento para desaparecer del escenario de aquella matanza.

—¿Por qué entonces no fue a San Francisco para contar su historia?
—Porque quizá pensó que no la creerían.
—¿La hubiera creído usted si se la hubiese contado?
—Sí.
—Entonces. ¿Por qué ha tratado él de contarle una historia completamente falsa…? Según él, fue víctima de una confabulación de sus compañeros… No, señora Tracy No hubo tal robo de cincuenta mil dólares. Fue un robo de oro por valor de doscientos cincuenta mil… Y el hecho de que su marido la haya engañado, es otra prueba en su contra.
—Pero ¿dónde está el oro?
—Otros como él lo han hecho.
—¿A qué se refiere?
—Dan Tracy escondió su oro porque sabía que sería perseguido, y que cualquier día podría volver en busca de su botín…
Kathy negó con la cabeza.
—Dan no pudo hacer una cosa como ésa. Matar a cuatro amigos suyos…
—Es admirable su lealtad hacia Dan, pero es lógico puesto que usted es su esposa y lo ama.
La joven se quedó mirando un rato a Cliff en silencio y echó a andar hacia la puerta.
—Señora Tracy —dijo Dixon con voz ronca.
Ella volvió la cabeza.
—¿Tiene familia, señora Tracy?
—No.
—Pero tendrá algún amigo.
—Sí, tengo alguno.
—Márchese de este pueblo si tiene algún sitio donde ir.
—Entiendo. Sugiere que abandone a mi marido.
—Sí.
—No puedo, señor Dixon.
—Tiene que hacerlo.
—Oh, sí, debo separarme de él para que usted lo mate.
—¡Ya le he dicho por qué lo voy a matar…!
—Sí, usted me ha contado una historia. Pero todavía no puedo admitir que mi esposo sea el hombre que usted dice… Buenas

noches, señor Dixon.

La joven abrió la puerta y salió de la habitación cerrando tras de sí.

Cliff se quedó mirando la puerta cerrada.

Soltó una maldición y se sentó en el borde de la cama.

Se puso a liar un cigarrillo.

Aquélla era mucho más complicado de lo que había supuesto. ¿Por qué él pensaba eso ahora? ¿Por qué iba a ser complicado? Había aceptado un encargo, como otras veces.

Tenía que matar a un hombre que había asesinado, que había burlado la justicia, y no podía retroceder.

No, no podía interesarle que Dan Tracy se hubiese casado con una hermosa joven.

¿Qué tenía que ver eso con la justicia?

En aquel momento llamaron a la puerta.

Pensó que podía ser otra vez Kathy, que quizá había olvidado algo.

—Adelante —dijo y ya tenía el revólver en la mano.

Entró Hernández. Tenía una sonrisa en los labios.

—¿Qué tal se le dio con ella, señor Dixon?

Cliff se puso en pie y se dirigió hacia Hernández sin decir nada.

Hernández siguió quieto, sonriendo.

Cliff dejó ir la izquierda.

Hernández recibió el golpe en la mandíbula y se estrelló contra la puerta con gran estruendo.

—¿Qué ha hecho, señor Dixon?

—¡Salga de aquí antes de que le rompa las narices, Hernández!

—Pero yo…

—¡Fuera!

Hernández abrió la puerta y salió de la habitación.

Cliff quedó respirando jadeante. Estaba lleno de furia, como nunca lo había estado en su vida.

CAPÍTULO IX

Era un nuevo día.

Cliff Dixon bajó la escalera y vio en el registro a Hernández.

El mexicano le dirigió una aviesa mirada.

Cliff cruzó el vestíbulo y salió a la calle.

Ya había decidido lo que tenía que hacer.

Mataría a Dan Tracy, a pesar de Kathy y de mil diablos que se le pusiesen por delante, y apenas hubiese cumplido su misión, se marcharía de México.

Iría a la casa de Dan Tracy. No podía perder ya más tiempo.

Pero ahora se llevó la sorpresa Por la calle vio avanzar, justamente al hombre que tenía que matar.

Era estupendo.

Quizá Dan Tracy también se había decidido por su parte a enfrentarse con él en un duelo cara a cara.

Allí empezaba y terminaba todo.

A él no le importaba lo que Tracy hubiese hecho con el oro. Al verlo solo pensó que quizá Dan había confesado a Kathy la verdad y en qué lugar había escondido su botín.

Dan seguía avanzando lentamente.

Se detuvo a unas diez yardas y levantó las manos.

—No tengo armas, Dixon —dijo.

Cliff le vio la funda vacía.

Pero eso no quería decir nada Todo lo contrario. Dan Tracy era un traidor y por eso había matado a sus cuatro compañeros mientras dormían.

Tendría el revólver en cualquier bolsillo de la chaqueta o podía manejar un «Derringer» que, con sólo estirar el brazo, saldría al encuentro de sus dedos.

—Le voy a dar un consejo, Tracy. Vaya casa, atrape un revólver y vuelva aquí.

El rubio sonrió.

—Tiene mucha prisa por matarme.

—Sí, decidí que sería hoy.

—¿Está muy seguro de que me va a matar, Dixon?

—No tengo ninguna duda.

—Eso quiere decir que es muy bueno…

—Lo soy.

—¿A cuántos mató, Dixon?

—No llevo la cuenta.

—Pero debe de tener una idea aproximada del número… ¿Cuántos, Dixon?

—Quince. Puede que dieciséis, no estoy seguro.

—Tengo que felicitarle.

—Ayer me sorprendieron sus ironías, pero hoy me resbalar por la piel. Tracy, le estoy hablando en serio. Le concederé una hora para que meta el revólver en la funda. Pasado ese plazo, lo buscaré de nuevo y lo mataré como a un perro… Sí, Tracy, le juro que lo mataré como a un perro.

—Vine a hablar con usted, Dixon.

—No hay nada que hablar.

—Lo mismo me dije yo, pero Kathy me convenció.

—¿De qué lo convenció Kathy?

—De que usted y yo teníamos que discutir este asunto. Fue cosa de ella, ¿lo entiende…? Yo, por mi gusto, ni hubiese venido.

Cliff respiró profundamente.

—Está bien, hable…

—No, aquí, no.

—¿Dónde?

—Vayamos a la cantina de Jacinta. Así podremos hablar mientras bebemos unos *whiskys*.

—¿Qué piensa conseguir con esto, Tracy?

—Yo nada. Recuerde, fue cosa de Kathy… Al parecer, usted le ha impresionado mucho… Kathy me aseguró que usted me escucharía.

Dixon apretó los maxilares. ¿Por qué Kathy había dicho aquello…? Maldita fuese, nunca se había dejado influenciar por una

mujer cuando se ocupaba de un trabajo.

—¿Qué contesta, Dixon? —preguntó Tracy.

—Está bien, hablaré con usted.

—Vaya, parece que Kathy lo midió bien.

—Acérquese…

Tracy fue a bajar las manos.

—¡No haga eso!

—¿Qué le pasa, Dixon?

—Quiero cerciorarme de que esto no es una trampa. Tracy sonrió de nuevo, sacudiendo la cabeza.

—No, no lo es, Dixon.

—Venga aquí y lo registraré.

—Es usted muy escéptico.

—Sólo siendo escéptico he podido seguir viviendo.

—Está bien, Dixon, lo haré como usted quiere.

Tracy se fue acercando con las manos ligeramente levantadas y, sin esperar otra orden, se volvió de espaldas.

Cliff tardó unos segundos en registrarlo. No llevaba armas.

—Ya puede volverse.

—¿Está tranquilo?

—Sí.

—Pues le faltó mirar algo. Mi boca.

—Ése fue su peor chiste.

—De acuerdo, Dixon, ¿vamos a la cantina?

Dixon enfundó el revólver y en seguida los dos echaron a andar.

Ahora, en la cantina de Jacinta sólo había un viejo que bebía un vaso de tequila en el mostrador, y al otro lado estaba Román.

Dixon y Tracy se sentaron a una mesa.

—Una botella de *whisky* y dos vasos —pidió Cliff a Román.

No hablaron hasta haber bebido un trago, y fue Tracy quien rompió el silencio.

—No tengo el oro.

—Oh, sí, claro lo perdió en el camino, después de matar sus cuatro compañeros.

—No maté a nadie.

—¡Qué va a decirme usted!

—Es la verdad.

—Si es la verdad, ¿por qué no se presentó en San Francisco?

—Pensé que iba a perder un tiempo precioso y que lo más importante era seguirles la pista a los ladrones…

—Vaya, hubo unos ladrones…

—Si.

—¿Quiénes?

—No pude verlos bien. Era de noche. Además, tenían las caras tiznadas.

—¿Cuántos eran?

—Yo conté unos diez, pero quizá eran más.

—¿Dónde estaba usted?

—Prestando guardia.

—Empecemos por el principio. Usted prestaba guardia y sus cuatro compañeros dormían…

—Sí.

—Después se presentaron los ladrones y uno de ellos dijo: «Vamos, señor Tracy, compórtese bien y lo dejaremos vivir».

—No diga payasadas. Las cosas no ocurrieron así.

—¿Cómo ocurrieron, Tracy?

Dan bebió otro trago de su vaso y chascó la lengua.

—Me dejaron sin conocimiento.

—¿Quién?

—No lo vi. Me golpearon por detrás.

—Total, que no pudo saber quiénes eran.

—Sí lo supe.

—¿Por qué…? ¿Quiere decir que se recuperó?

—Sí, así fue. Quizá no me pegaron con demasiada fuerza. Eso fue lo que me salvó la vida… ¿Lo comprende…? Yo estaba de centinela y por eso no pudieron dispararme, para no despertar a mis compañeros.

—Pero luego tendrían que matarlo.

—Desde luego. Pero prefirieron matar a mis compañeros en primer lugar… Quizá me dieron a mí por seguro. Yo recuperé el conocimiento en un par de minutos… Desde luego no estaba en condiciones de luchar… Me sentía aturdido, confuso… Oí unos disparos… Busqué mi rifle, no estaba a mi lado. Tampoco tenía la pistola en la funda… ¿Se da cuenta? Me habían desarmado. Entonces, eché a correr… Sí, Dixon, corrí como un borracho. Pero sabía que mi salvación consistía en alejarme del campamento

cuanto antes… Oí voces, pero no hablaban en inglés… Hablaban español.

—¿Mexicanos?

—Sí, eran inconfundibles, voces de mexicanos.

—¿Hasta dónde llegó corriendo?

—Me había alejado unas yardas cuando oí a un tipo anunciar a voz en grito que yo me había escapado. Dijo un nombre.

—¿Qué nombre?

—Dijo: Chaves, el centinela se fue …

—¿Qué hizo usted?

—Correr más, desde luego. Recuerde. No tenía armas. Si me atrapaban me llenarían de plomo… Trepé por una montaña… De vez en cuando, sentía cómo me buscaban, pero la noche me ayudó… Seguí subiendo y subiendo aquella montaña… Al fin no pude más. Me metí en una cueva y esperé. Sólo podía hacer eso… Tuve suerte, ¿sabe? No me encontraron. Cuando se hizo de día, salí de la cueva y me deslicé por la ladera… Al llegar al campamento, vi la escena. Mis cuatro compañeros estaban allí, muertos… Habían hecho un trabajo seguro. Jimmy Nolan era el que menos balas tenía en el cuerpo… ¿Sabe cuántas tenía? Doce. Sí, Dixon, le conté doce agujeros…

—¿Qué hizo después?

—Reflexioné. Aquellos tipos se habían llevado el oro. Vi las huellas de la galera en que lo transportábamos… Nuestros caballos estaban por allí, desperdigados… Tenía dos soluciones. Ir a San Francisco o a Sacramento en busca de ayuda… Pero con eso daría lugar a que los ladrones se alejasen y ganasen más ventaja… Lo decidí en seguida. Me dije, que ellos irían lentamente con la carreta Tomé un caballo y los seguí.

—¿Dio con ellos?

—No, pero encontré la carreta al cabo de cuatro horas. Estaba abandonada, en medio de un arroyo… La carreta había hundido las ruedas allí y no pudo seguir… Tomaron el oro y lo cargaron en los caballos… Otra vez volví a tener dudas sobre lo que debía hacer, pero, después de pensar un rato el pro y el contra de la situación, decidí que debía terminar lo que había empezado. Ahora las huellas de los caballos estaban frescas, pero bastaría que lloviese un poco para que desapareciesen… Mi idea era la de que, si pasaba cerca de

un pueblo, pediría ayuda al representante de la ley… Organizaríamos una persecución en toda la región. Se trataba de un grupo de mexicanos que probablemente se dirigían a su país… Pensé que sólo había una oportunidad de cazarlos antes de que cruzasen la frontera.

—¿Logró tomar contacto con ellos?

—No. Ocurrió lo peor. Unas cinco horas después de haber encontrado la carreta, se puso a llover. Fue un verdadero diluvio, pero yo seguía adelante. Sin embargo, la pista quedó borrada. Otra vez pensé en volver grupas y dirigirme a Sacramento o a San Francisco, pero, por último, me dije, que yo no podía hacer tal cosa. Sí, estaba seguro de que dirían que yo me había puesto de acuerdo con los bandidos y que, tarde o temprano, yo recibiría mi parte en el botín…

Por otra parte, pensaba en mis cuatro amigos asesinados mientras dormían… Quería vengarlos…

—Y siguió adelante.

—Sí. Pero pensé que ya no valía la pena que me diese tanta prisa… Conocía el nombre de uno de los forajidos.

Probablemente era el jefe. Se llamaba Chaves. A mí sólo me quedaban unos cuantos dólares en el bolsillo y necesitaba dinero para llegar hasta México.

—¿Y dónde lo consiguió?

—Yo tenía mi prometida. Me iba a casar después de hacer aquella entrega de oro en San Francisco… Mi prometida vivía en Corrientes. Era Kathy Patten. La había conocido un par de años antes. Recientemente había muerto su padre, un ranchero arruinado. A ella sólo le había quedado un poco de dinero, según me había dicho en una carta. Me pillaba de camino a México. De modo que me fui allí.

—Y se casó con Kathy.

—Sí, Pero tenía mucho menos dinero del que había imaginado. Después de pagar las deudas, su herencia consistía en cincuenta dólares.

—¿No se sinceró con Kathy antes de la boda?

—No me atreví.

—Pero le contó una mentira.

—Sí. Le dije que me habían despedido de la Compañía: de

Vigilantes con la que trabajaba, que me habían acusado de ladrón, pero que yo no tenía la culpa de ello.

—¿Por qué no le contó la verdad si, al fin y al cabo, su historia era algo parecida?

—Yo quería venir a México para encontrar a Chaves, y era absurdo que me hubiese casado con ella para hacerla partícipe del peligro… De modo que le dije que, de momento, no podíamos vivir en nuestro país. Que yo tenía amigos en México que me darían trabajo. Usted ya sabe cómo son estas cosas. A veces uno piensa una tontería, pero que en ese momento no lo es. Sólo más tarde se da cuenta de que ha obrado absurdamente. Fue lo que me ocurrió con Kathy. Conforme nos adentrábamos en México, me apercibía que debía haberle, contado la verdadera historia. Cuando me encontrase con Chaves, Kathy sabría la verdad. Quizá también influyó la idea de que, si le contaba lo del robo, pensara que yo era un posible ladrón, pero, con la verdadera historia, yo resultaba presunto culpable del asesinato de cuatro de mis compañeros.

—Lo lió demasiado, Tracy.

—Eso quiere decir que me cree.

—No, todavía no le creo.

—¿Por qué no?

—Le mintió a Kathy y ¿por qué no ha de mentirme a mí…? Tiene mejor motivo para seguir engañando. Vine a México para matarlo y a usted le interesa embaucarme.

—No, Dixon Sólo quiero que me ayude.

—Eso resulta gracioso.

—Ya di con Chaves, Dixon. Es él quien tiene el oro.

—¿Quién lo dice?

—Yo lo digo.

—¿Cómo puedo probar que Chaves tiene el oro? ¿Es la, primera vez que visita México?

—Sí.

—Yo, no, Tracy. Es la tercera vez que vengo por aquí y debe saber algo.

—¿Qué cosa?

—El apellido Chaves se da aquí con bastante frecuencia.

—Pero sólo puede ser el ladrón ese hombre, Antonio Chaves.

—¿Por qué?

—Es un forajido famoso…

—¿Se cercioró de si Chaves estuvo ausente durante los días en que su convoy fue asaltado?

—No, eso no lo sé.

—Es lo más importante. Lleva aquí dos semanas. Tracy. ¿En qué las empleó?

—Le haré una confesión, le explicaré por qué no he hecho nada en estas dos semanas… Tengo miedo.

—No me diga…

—Sí, tengo un miedo mortal… Me casé con Kathy hace sólo un mes. Soy feliz con ella y sé que, cuando vaya a la montaña de Chaves, tendré muy pocas probabilidades de volver. Por eso lo he ido demorando… Quería pensar sólo en Kathy.

—Y en Herminia…

—¿Qué?

—Herminia, la chica de la cantina de Jacinta… ¿Con qué clase de idiota cree que trata, Tracy? Diría.

—No tengo nada que ver con esa chica.

—¿De veras…? Ella dice otra cosa.

—¿Qué culpa tengo yo de que ella se haya enamorado de mí?

—No me diga que se ha enamorado de usted porque lo ha visto tres o cuatro veces por la calle.

—He ido a la cantina alguna vez.

—¿A qué?

—A beber un traga, lo necesitaba.

—Y ha ido solo. —Claro que he ido solo. Me encontré con Herminia y ella pegó la hebra conmigo. A veces me he mareado algo y he hablado con ella de muchas cosas.

—¿De qué cosas?

—¿De qué va a ser…? De la vida, tonterías sin importancia.

—Y así fue ha enamorado de usted.

—No tengo yo la culpa.

—Ella corrió a decirle que yo estaba aquí, que había venido en su busca, y usted me mandó a Carlos Blanco para matarme.

—Tenía que defenderme. Yo había oído hablar de usted en la Compañía de Vigilantes. Dijeron que usted era un asesino y supuse que, naturalmente, sólo había venido a México para matarme. No me puede culpar si traté de salvar mi pellejo.

—¿Cuánto le pagó a Carlos Blanco por su trabajo?

—Cinco dólares. Lo único que me quedaba.

—El jefe de policía ya me advirtió que aquí se compran a los asesinos muy baratos, y dio a entender que cinco dólares era toda una fortuna.

—En este pueblo solo hay miseria. Por eso Kathy y yo hemos podido resistir más tiempo de lo debido.

—Ha dado explicaciones para todo.

—Le he dicho la verdad.

—Herminia dijo que Kathy lo destruiría a usted.

—Está celosa. ¿Qué va a decir ella?

—¿Le prometió usted algo?

—¿A Herminia…? —Tracy sonrió—. Yo estoy enamorado de Kathy y no la cambio por Herminia ni por otra mujer.

Dixon se dijo que, si él tuviese a Kathy, tampoco la cambiaría por otra.

¿Por qué pensaba eso ahora…? Kathy no era una mujer libre. Estaba casada con Dan Tracy.

—¿Qué me contesta, Dixon? —dijo el rubio.

—¿Sobre qué?

—¿Sobre qué va a ser…? No estamos hablando de una cacería de patos salvajes. Se trata de Chaves y del oro que robó.

—No hay trato.

—No diga eso.

—Se lo diré de otra forma. No cuente conmigo.

—Oiga, es su deber. —¿Mi deber?

—A usted lo contrataron para que me matase y yo ahora le he demostrado mi inocencia.

—No sea iluso. Tracy. Usted no ha demostrado nada.

—¿Es que todavía no me cree?

—Claro que no.

—¿Qué necesito hacer para convencerlo?

Dixon guardó silencio, pero siguió mirando fijamente a los ojos de su interlocutor.

—Me gustaría saber lo que tiene dentro de la cabeza Tracy.

—Sesos.

—No sea usted ahora el de los chistes. Sabe a lo que me refiero, a su plan.

—Ya se lo he dicho. Sólo quiero recuperar el oro.

—¿Para qué, Tracy?

—Para entregarlo a la Compañía Aurífera de San Francisco. Sólo quiero demostrar mi inocencia. Bueno, hay otra cosa.

—La recompensa.

—Sí, Dixon, la recompensa. Serán veinticinco mil dólares, supongo.

—Si ése es el precio que han establecido. El diez por ciento del total.

—Es casi una fortuna.

—Lo es.

—¿Qué le parece esto, Dixon…? Lo dividiremos en dos partes. Doce mil quinientos dólares para usted y otros tantos para mi.

—Sería bueno si no me hubiese engañado.

—No le he engañado.

—Voy a admitir por un momento que todo lo que ha dicho es cierto.

—Bravo, Dixon. Sabía que, tras esa fachada de hombre duro, se escondía un corazón de oro.

—No me ha dejado terminar…

—Muy bien, acabe.

—Lo que ha dicho puede ser verdad, pero ha cometido un error fundamental.

—¿Qué error?

—¿Y si el Chaves que robo el oro no es el que está aquí, en esta montaña?

—Tiene que serlo…

—Sí, es mejor para usted que así sea porque es la última oportunidad que le voy a ofrecer.

—¿Qué quiere decir?

—Está la mar de claro, Tracy… Yo me voy a encargar de investigar ese aspecto del asunto, lo de Chaves.

—Iré con usted…

—No, por ahora no lo necesito.

—¿Quiere decir que va a subir sólo al refugio de Chaves?

—¿Por qué no?

—Hay muy pocas personas que conozcan el refugio de Antonio Chaves, y el que lo sabe no lo quiere decir. Sabe que le va la vida en

ello. Pero existe otro aspecto más importante. Aun suponiendo que usted logre saber el refugio de Chaves, nunca le dejarán acercarse a él. Tiene hombres que vigilan constantemente… Me lo han contado. Recuerde que llevo algún tiempo en Los Madroños… Herminia y otras, personas me hablaron de Chaves… Es un hombre cruel, feroz, una auténtica alimaña.

Cliff sonrió pensando lo que Kathy había dicho de él. Era, un animal de la jungla.

—¿De qué se ríe, Dixon?

—De nada Recordé algo que me pasó en Dodge City.

—Le decía que no podrá acercarse al refugio de Chaves.

—Ya veremos.

—¿Insiste en ir solo?

—Desde luego.

—¿Por qué no me quiere llevar con usted, Dixon?

—Porque sería un doble trabajo para mí. Tendría que preocuparme de Chaves y de usted.

—¿De mí?

—Sí, tendría que vigilarlo para evitar que me matase por la espalda.

Tracy soltó una carcajada.

—Eso estuvo bien, Dixon.

Cliff se levantó y dejó unas monedas sobre la mesa.

—Gracias por la invitación —dijo Tracy.

—No hay de qué.

—Y gracias también por confiar en mí un poco.

—Quiero hacerle una advertencia, Tracy… Si me ha engañado, eche a correr en cuanto yo haya emprendido el camino de la montaña.

—¿Por qué voy a correr…? Usted dijo que la tierra no sería demasiado grande para esconderme. Cuando vuelva, me encontrará aquí.

Dixon soltó un gruñido y se dirigió hacia la puerta.

En ese momento entró Herminia.

Ella miró a Tracy y luego a Cliff.

Dixon pasó junto a la mexicana sin decir nada, y salió a la calle.

Capítulo X

El viejo Pedro López estaba en el establo, en compañía de un hombre de su edad.

—Pedro —dijo Cliff desde la puerta—. Quiero hablar con usted.

El viejo se apartó del hombre con el que charlaba y fue con Cliff, que salió al callejón.

—¿Qué quiere, señor Dixon?

—Busco a dos hombres. Se llaman Eleuterio y Raúl.

—Oh, sí, no viven en ninguna parte, pero se les ve muchas veces en el pueblo. Cuídese de ellos, señor, son bandidos.

—Ya me cuidé. Pero ahora quisiera encontrarlos. ¿Sabe si están aquí?

—Sí, señor, están en Los Madroños.

—¿Dónde?

—En una cantina que está al Sur del pueblo. Se llama la cantina de Rosario… Allí va de lo peor, señor… Son capaces de pegarle un cuchillazo a un forastero si alguien les asegura que le van a encontrar un dólar encima.

—Un hermoso lugar para pasar el rato.

—Oh, no vaya. Resultaría muy peligroso…

Dixon sacó una moneda de a dólar y se la entregó al viejo.

—Por si me matan.

—Gracias, señor. Es usted muy generoso.

Cliff iba a marcharse cuando miró otra vez a Pedro.

—Oye, ¿tiene Raúl siete hijos?

—Oh, no, quiero decir que no los tiene reunidos en una familia, aunque quizá los tiene por ahí.

—Parece ser una costumbre del país. ¿Qué me dices de Eleuterio…? ¿Tiene la madre enferma?

—No, no tiene madre Quiero decir que nadie se la ha conocido.

Cliff hizo un saludo con la mano y se encaminó hacia la cantina de Rosario.

Mucho antes de que llegase, oyó los gritos mezclados con los juramentos y canciones. Por encima de aquel alboroto, se dejaba oír, de vez en cuando, el sonido de una guitarra. La cantina tenía puertas de vaivén, las cuales se abrieron ahora escupiendo un obús humano.

El tipo rodó por el polvo, se levantó dando traspiés, soltó un gemido y se desplomó.

Un segundo después, roncaba su borrachera.

Cliff empujó las batientes y pasó al interior del local.

Una mujer de treinta y cinco años, morena, de ojos muy negros, casi se le echó encima.

Cliff percibió en su aliento el exceso de alcohol.

—Eres muy guapo, gringo Invítame.

—Claro que sí, cuando me hayas dicho dónde puedo encontrar a Eleuterio y a Raúl.

—Menudo par de sinvergüenzas…

—¿Por qué dices eso?

—Me engañaron. Dijeron que iban a correr una juerga conmigo y han elegido a Lupe y a Fuensanta En cuanto coja a esas chicas, les voy a sacar los ojos Se creer que porque son más jóvenes van a poder con una.

—¿Dónde están?

—En el reservado número tres. —Los ojos de la mujer brillaron —. ¿Vienes a ajustarles las cuentas?

—Es posible.

—Tienes un buen revólver. A ver si les metes una ración de plomo a esos bastardos Yo me encargaré de ellas.

—Está bien, nos encargaremos los dos. Pero antes bebe un trago, yo haré un reconocimiento del terreno Cliff le guiñó un ojo y le dio medio dólar. La mujer se fue al mostrador y Cliff se dirigió al corredor del fondo.

Entró sin llamar en el reservado número tres Eleuterio estaba besando a una joven y Raúl, para no ser menos, besaba a otra.

Habían caído per el suelo un par de botellas.

—Hola, muchachos.

Raúl y Eleuterio se apartaron de sus respectivas mujeres y llevaron las manos a los revólveres. Pero estaban demasiado borrachos y, de haber necesitado las armas, habrían pasado de muchos apuros para desenfundar.

—Eh, Raúl —exclamó Eleuterio—. Es el gringo…

Los dos a una corrieron hacia Cliff con gran alegría y lo abrazaron pegándole palmadas.

Las dos jóvenes estaban perplejas.

—Eh, Raúl —dijo Eleuterio—. Tenemos que buscarle una muchacha.

Las dos mujeres se levantaron.

—Aquí estoy yo —dijo una.

—Yo lo vi primero, Fuensanta —repuso la otra.

Raúl las señaló con la mano.

—Eh, ¿qué clase de fidelidad es ésa…? Merecéis que os parta la cara. Habéis comido, habéis bebido… y ahora seríais capaces de marcharos con el primero que os enseñara un billete.

Fuensanta dijo:

—Él no nos enseña ningún billete, sino su cara y su tipo, Cliff se dio cuenta de que todos estaban embriagados.

—Quiero hablar con vosotros, Raúl… ¿Por qué no les decís a las chicas que vayan a refrescarse un poco…? Luego podremos continuar la juerga.

Raúl sacudió la cabeza.

—Ya lo habéis oído, muchachas… ¡Fuera!

—Preferimos quedarnos.

—¡He dicho que fuera y cuidado con rechistar o aquí se arma!

Las jóvenes se dirigieron a la puerta, y Fuensanta puso una mano en el hombro de Cliff.

—Pídele a Raúl que me deje contigo por un rato…

—Desde luego, se lo pediré.

Las dos mujeres salieron y Raúl soltó un tremendo juramentó.

—¿Te has fijado, Eleuterio…? Esa Fuensanta me la quiere pegar.

Eleuterio lanzó una carcajada y vertió tequila en un vaso, que alargó a Cliff.

—Anda, bebe, muchacho, es bueno para los bronquios. Dixon bebió un trago.

—Sí, es bueno para reunir coraje antes de ir a la montaña en

busca de Chaves.

Raúl y Eleuterio estaban sonriendo, pero, al oír las palabras de Cliff, borraron poco a poco la sonrisa. Los dos se miraron y, finalmente, Raúl dijo con voz estropajosa:

—¿Oíste lo mismo que yo, Eleuterio?

—¿Qué cosa fue?

—Habló de Chaves…

—Sí, de ir a la montaña.

—El gringo está loco.

Raúl y Eleuterio fijaron ahora la mirada en Cliff.

—Eh, Dixon —dijo Raúl—. ¿Quiso decir eso?

—Sí, y vosotros me vais a acompañar.

Eleuterio flexionó un poco las piernas y se puso a reír palmeándose los muslos.

—Eso sí que fue divertido… Nosotros en busca de Chaves. Muy gracioso. —Reía a mandíbula batiente.

Eleuterio le coreó a grandes risotadas Las lágrimas le brotaron de los ojos y le resbalaron por las mejillas.

Cliff se sentó tranquilamente en una silla y bebió otro trago de tequila. Luego dijo:

—Tengo que dar con Chaves. Es un asunto importante. Los dos mexicanos se apoyaron en la pared para no caerse al suelo. Seguían riendo:

Raúl señaló a Cliff con la mano extendida.

—Quiere ver a Chaves, Eleuterio. Dile lo que hará con él en cuanto lo vea.

—Lo hará rodajas.

—Picadillo.

—Eso es, picadillo.

—¿Y qué haría con vosotros? —preguntó Dixon—. ¿También picadillo?

—A nosotros nos atormentaría durante dos días, hasta que, poco a poco, nos fuésemos consumiendo.

—Sin embargo, vendréis conmigo.

—Dice eso porque nos salvó la vida. ¿Verdad?

—Sí.

—Muy bien, saque el revólver y dispare contra nosotros… Lo preferimos, ¿verdad, Eleuterio?

—Desde luego, yo también lo prefiero.

—Ande, Dixon, dispare…

—Estáis borrachos…

—Es posible, pero cuando estemos serenos le hablaremos de la misma forma… Chaves juró que nos colgaría de los pulgares… ¿Lo oye bien, Dixon…? ¿Lo han colgado alguna vez de los pulgares?

—No, todavía no.

—A nosotros tampoco, pero hemos visto gente que ha muerto así… Bueno, no sólo se trata de que lo cuelguen a uno… Le hacen otras cosas, después de haberlo desnudado… Si, Dixon, desnudan a sus víctimas de pies a cabeza. Los dejan como nuestra madre nos echó al mundo… Tendría que saber las cosas que Chaves es capaz de hacer con un hombre que cuelga desnudo… No, Dixon no le podemos acompañar a la montaña. Y si es usted la mitad de listo de lo que aparenta ser, olvidará esa idea.

—La olvidaría si no fuese por los 250 000 dólares en oro que tiene Chaves…

Raúl iba a seguir hablando, pero se quedó con la boca abierta.

—¿Doscientos cin…? —empezó a decir y se interrumpió. Eleuterio se pasó una mano por la cara.

—¿Qué cuento es ése, Dixon?

—Chaves y algunos de sus forajidos se llegaron a mi país.

Cometieron un asalto en California, concretamente en un lugar situado entre Sacramento y San Francisco… Se llevaron un cargamento de oro después de matar a cuatro vigilantes de una compañía que transportaba oro y metales preciosos…

Luego, Chaves, con el bolín y sus muchachos, regresó a México, y ahí lo tienen, en esa montaña.

Raúl y Eleuterio como si se hubiesen puesto de acuerdo, se precipitaron sobre la mesa.

Sólo quedaba una botella y pelearon por ella.

—¡Deja que beba yo antes! —dijo Raúl.

—Yo necesito el trago más que tú… No veo bien.

—Y yo no escucho bien…

Cliff se puso en pie y de un tirón se apoderó de la botella.

—Ya basta. Ninguno va a beber más… Antes de ir a la montaña, tendréis que desintoxicaros de alcohol… Os daréis un baño.

—¿Un baño…? ¡No iremos a la montaña!

—Está bien, iremos sin baño.

—Eh, oiga. Dixon —dijo Raúl—. Sigue siendo una locura a pesar de los ¿cuántos ha dicho?

—Doscientos cincuenta mil dólares.

Raúl se frotó las manos y miró a su compañero.

—Es bueno, ¿eh, Eleuterio?

—De lo mejor.

—Está bien, vámonos…

Los tres hombres salieron del reservado Fuensanta y Lupe les interrumpieron el camino en el corredor.

—Eh, ¿adónde van? —preguntó Fuensanta—. Tenemos otra cita más importante —contestó Raúl.

Fuensanta se colgó del cuello de Cliff.

—Llévame contigo, gringo Te prometo que pasarás una noche inolvidable.

—No lo dudo. Lo siento, pequeña. Pero ya encontré compañía para que esta noche no la olvide nunca.

—Eres un traidor, pero me gustas.

Fuensanta lo besó en la boca.

Cliff le apartó los brazos del cuello. Luego tomó a la muchacha por la cintura y la quitó de su camino sin mucho esfuerzo.

—Vuelve, grandullón —dijo Lupe.

Raúl y Eleuterio miraron con ojos agrandados a Cliff y a las mujeres.

Como Dixon ya se había alejado unos pasos, corrieron tras él.

—¡Que me empalen vivo! —exclamó Raúl—. Nosotros nos gastamos el dinero con esas muchachas, y si no nos gastamos el dinero, no nos quieren ver ni en pintura Y ahora se pelean por usted sin haber invertido un centavo. Maldita sea, es lo que me decía mi abuelo. No te fíes de una mujer hasta que la hayas dejado enterrada…

Salieron a la calle.

Raúl y Eleuterio se tambaleaban.

Cliff pensó que, en el camino, los dos mexicanos podrían dormir. De lo contrario, le iban a servir de muy poca ayuda para llegar al refugio de Antonio Chaves.

Se preguntó si, después de todo, no estaba cometiendo una de

las más$ grandes tonterías de su vida. ¿Qué garantía tenía él de que Dan Tracy le hubiese dicho la verdad…? ¿Por quién hacía aquello…? No, por Dan Tracy no podía ser. Tampoco por la Compañía Aurífera, ni por el Banco que había hecho el envío.

Sólo había una respuesta. Aquello lo hacía por Kathy.

CAPÍTULO XI

Cliff Dixon fue al establo por su caballo.

Eleuterio y Raúl lo esperaban en la cantina de Rosario.

Cliff ensilló rápidamente.

Iba a montar cuando oyó una voz desde la puerta.

—Señor Dixon…

Volvió la cabeza Era Kathy.

—¿Puedo hablar con usted, señor Dixon?

Cliff tomó las bridas de su caballo y lo llevó tras él, hacia la joven.

—Diga, Kathy.

La joven se mojó los labios con la lengua.

—¿Se va del pueblo?

—Si.

—¿Adónde?

—¿No se lo dijo Dan…? Voy a la montaña, en busca de Chaves.

—No vaya.

—¿Por qué?

—No me lo pregunte, pero no vaya.

—Lo siento, Kathy, pero debo ir, a menos que me dé una razón convincente.

—Yo le he dicho que no le puedo decir nada.

—¿Dónde está Dan?

—No lo sé.

—¿Cómo que no lo sabe…? Debería estar en casa con usted.

—Salió hace un par de horas. Discutimos Los dos nos pusimos un poco nerviosos…

—Disculpe, Kathy, pero me están esperando dos amigos.

—Va a cometer una tontería, señor Dixon.

—Quiero hacerle una pregunta, Kathy. ¿Sabe ya cuál es la verdad acerca de su marido?

—Sí, usted tenía razón, Él era uno de los vigilantes que debía transportar el oro a San Francisco… Sus compañeros fueron asesinados y el oro desapareció. Los asaltantes estaban capitaneados por Chaves, ese bandido de la montaña… La joven se interrumpió y entonces él dijo:

—Y Dan vino aquí para recuperar el oro.

—Sí.

—Está bien, me basta para ir a la montaña.

Cliff montó en la silla.

—Hasta la vista. Kathy —dijo.

Antes de que la joven respondiese nada, espoleó su cabalgadura y ésta emprendió el trote.

Muy pronto oyó las voces de Eleuterio y Raúl que cantaban su borrachera.

—Eh, ¿qué estáis esperando? —les dijo—. A los caballos.

Eleuterio y Raúl montaron en las sillas y siguieron a Cliff.

* * *

Estaba amaneciendo.

Eleuterio y Raúl roncaban arrebujados en sus mantas.

Cliff se desperezó.

Habían cabalgado durante unas horas, hasta que Raúl y Eleuterio se quedaron dormidos en las sillas. Entonces no tuvo más remedio que decidirse por la acampada.

De pronto oyó una voz a su espalda.

—Alto, gringo.

Fue a llevar la mano al revólver, pero se interrumpió pensando que, si hacía eso, un segundo después estaría muerto.

Giró poco a poco y vio a un mexicano barbudo que le apuntaba con un rifle.

—¿Quién eres tú, gringo?

—Cliff Dixon.

—¿Qué vienes a hacer por aquí?

—Quería entrevistarme con Chaves.

—¿Para qué?

—Para hacer un negocio con él.

—¿Qué clase de negocio?

—Sólo se lo diré a tu jefe.

El mexicano hizo fuego y la bala se clase entre los pies de Cliff.

Eleuterio y Raúl despertaron dando gritos.

Fueron a echar mano a sus revólveres y el mexicano barbudo volvió a disparar su rifle.

Raúl y Eleuterio quedaron inmóviles.

—Demonios —exclamó Eleuterio—. ¡Si es mi compadre Gerardo!

Gerardo, el de la barba, sonrió enseñando unas encías desdentadas.

—Bien venidos a la montaña, muchachos. Os echábamos de menos.

—¿Has oído, Raúl? —dijo Eleuterio forzando una sonrisa—. Mi compadre Gerardo nos recuerda.

—Sí, muchachos, os recuerdo con mucho cariño, y Chaves tampoco os ha olvidado.

Al oír aquel nombre. Raúl y Eleuterio se quedaron muy serios.

En aquel momento se dejaron ver otros hombres, un poco más arriba de Gerardo. Tenían su mismo aspecto desaseado y sucio y todos ellos portaban rifles.

—Maldita sea —exclamó Eleuterio—. ¿Que nos pasó, Raúl? ¿No estábamos anoche en la cantina de Rosario? ¿Qué hacemos aquí?

Raúl se abofeteó un par de veces.

—Ya lo tengo. Eleuterio… El gringo nos trajo aquí a la fuerza… Eso es, nos puso el revólver a la espalda y nos obligó a venir… Seguro que quería asaltarnos.

—Calla la bocaza. Raúl —dijo Gerardo.

—Eh, compadre, te juro que no sabemos por qué estamos aquí, ¿verdad, Eleuterio?

—Claro —dijo Gerardo—. Vosotros sois un par de angelitos…

—Yo lo arreglaré en seguida —sonrió de nuevo Raúl—. Eleuterio y yo nos vamos, eso es, nos vamos al pueblo. Ahí tenéis al gringo… Hasta la vista, muchachos Vamos, Eleuterio, date prisa, recuerda que nos esperan nuestras dos mujeres.

Sonó un nuevo estampido y la bala pasó por entre Raúl y Eleuterio.

También Gerardo había hecho aquel disparo.

—Par de mugrientos… Escorpiones… De eso querrá hablaros Chaves…

—¿De qué cosa…? —inquirió Raúl.

—De las dos mujeres.

—Nos referíamos a Fuensanta y a Lupe.

—Chaves se referirá a las dos mujeres que le quitasteis.

Raúl y Eleuterio se miraron asustados.

Gerardo hizo una señal a dos de sus hombres y éstos bajaron por la ladera y desarmaron a Cliff a sus compañeros.

—Vamos, suban a los caballos —ordenó Gerardo.

Fueron adonde los hombres de Chaves tenían sus cabalgaduras y en seguida, todos se pusieron en camino hacia el refugio de los bandidos.

Raúl y Eleuterio, flanqueando a Cliff, se lamentaban:

—Nunca debimos venir aquí.

—¿Qué pasó anoche, Dixon?

—Os conté una historia de doscientos cincuenta mil dólares en oro.

—Demonios, ahora me va algo por la cabeza… ¿Lo recuerdas tú, Eleuterio?

—Sí, yo también.

—Bueno, el plan sigue en pie.

—¿Quiere decir que vamos a buscar a Chaves por el oro?

—Exacto.

—Oiga, Dixon, ¿está loco o somos nosotros los chiflados? ¿Es que no se da cuenta de la situación…? Ahora somos los prisioneros de Chaves y no tenemos armas.

—Sí, eso ya lo sé y lo daba por descontado.

—Conque sí, ¿eh? —dijo Raúl y sonrió a Eleuterio—. ¿Lo oyes, muchacho? Él lo daba por descontado… No tenemos de qué preocuparnos… Todo saldrá bien y tendremos el oro…

—Claro, ¿por qué no, si él lo dice…? Seguro que usted tiene un plan. ¿Cuál es, Dixon?

—Sí, tengo un plan.

—¿Cuál es?

—Escapar en cuanto se nos presente la oportunidad y, desde luego, sin olvidar el oro.

Raúl y Eleuterio se sonrieron mutuamente y luego Raúl dijo:

—¿Lo has oído…? No tiene un solo fallo. ¿Cómo no lo pensamos antes? Sólo tenemos que escapar.

Pero, poco a poco, Raúl fue quedándose serio y Eleuterio puso una cara de tristeza, como si fuera a echarse a llorar.

—Él es el chiflado —dijo Eleuterio—. Ya está todo claro, Raúl. Nos colgarán de los pulgares, y sabe Dios lo que hará con nosotros Chaves… Ya siento frío en el cuerpo.

Gerardo volvió la cabeza.

—Eh, ¿qué están hablando por ahí?

Raúl respondió:

—El gringo preguntaba si nos íbamos a divertir en el pueblo de Chaves y yo le he dicho que allí celebran grandes fiestas…

—Seguro —sonrió Gerardo—. Chaves no querrá perder la ocasión de ofreceros uno de sus grandes espectáculos Justamente, me decía hoy que hace más de un mes que no cuelga a nadie de los pulgares… Y, miren por dónde, yo le voy a servir a tres voluntarios para el numerito…

Eleuterio gimió por lo bajo y fue a contestar, pero Gerardo volvió el rifle hacia él y lo hizo enmudecer.

Hicieron el resto del viaje en silencio.

Una hora más tarde, daban vista al pueblo que Chaves había convertido en su refugio. Estaba en un estrecho valle.

Se veía a varios hombres que vigilaban.

Algunos perros se aproximaron ladrando.

De las casas empezaron a salir mujeres y hombres y también se veían chiquillos.

Una mujer corrió hacia Gerardo y éste la montó en su silla.

Los dos se besaron con fuerza.

—Recibirás un premio por esto —dijo la mujer.

—Sí, a Chaves le va a gustar mucho conocer al gringo y, sobre todo, ver las caras de sus antiguos amigos Raúl y Eleuterio…

Desmontaron ante una casa mucho más grande que las demás. Contaba con un jardín y una terraza. En ésta se veían algunos hombres.

Gerardo hizo una señal a los prisioneros y los llevó a la terraza.

Los hombres que estaban allí jugaban a los naipes.

Había dos mujeres que servían vasos de tequila.

Dixon clavó los ojos en uno de los hombres.

Era muy moreno, con un bigote espeso y exhibía una cicatriz en la frente. Él conocía a aquel hombre. Habían luchado juntos tres años atrás contra Maximiliano. Pero entonces se llamaba Manuel Flores.

—¿Qué quieres, Gerardo? —preguntó sin volver la mirada.

—Traigo tres prisioneros, jefe.

—Sí, ya me lo dijo uno de los centinelas. ¿Quiénes son?

—Tú ya conoces a dos. Son Eleuterio y Raúl.

—Vaya, ¿todavía viven esas ratas?

Eleuterio y Raúl, los dos al mismo tiempo, cayeron de rodillas.

—Estábamos esperando esta ocasión —dijo Eleuterio—. Juro que la esperábamos… ¿Verdad, Raúl…? Desde que salimos del campamento hemos estado haciendo penitencia, pidiendo al cielo que nos perdonase por haber puesto los ojos en aquellas dos mujeres, señor Chaves…

—¿Sólo pusisteis los ojos…?

Las palabras de Chaves fueron coreadas con grandes risotadas.

—¿Quién es el otro prisionero?

—Soy Cliff Dixon —contestó el aludido.

Entonces, el hombre que se hacía llamar Antonio Chaves levantó la mirada y observó al americano.

Los dos permanecieron en silencio unos instantes y, de pronto, Chaves se levantó riendo y dijo:

—¡Cliff Dixon! Demonios, nunca hubiese creído que volverías a México. Lo juro, nunca…

Cliff le sonrió.

—Ya ves que te equivocaste.

Los testigos de aquella escena estaban perplejos.

Cliff y Chaves se abrazaron y, entonces, Chaves, manteniendo el brazo sobre los hombros de su antiguo amigo dijo:

—Señores, éste es un viejo camarada de la guerra, un hombre que luchó por México, por Juárez… Fue un héroe, y juntos hicimos grandes cosas, aunque yo, entonces, por necesidades de la guerra no utilizaba mi verdadero nombre, sino el de Manuel Flores.

Raúl y Eleuterio tenían la boca abierta.

De pronto, se levantaron y se echaron a reír, frotándose las manos.

Chaves les dirigió una aviesa mirada y los dos se quedaron de

muestra.

—Eh, Cliff, ¿son éstos tus amigos?

—Sí, y no me gustaría que les pasase nada.

—Eliges muy mal a las personas que deben hacer algo por ti… Antes lo hacías mucho mejor.

—Uno nunca sabe qué resultado pueden dar las personas. Chaves pegó una palmada en la espalda de Cliff y soltó una carcajada.

—No has cambiado en tu forma de hablar… Anda, ven conmigo ahí dentro.

Se dirigieron hacia la casa.

Raúl y Eleuterio, también muy alegres, se fueron tras ellos. Pero se detuvieron al ver que Chaves volvía la cabeza y decía:

—Vosotros quedaros por aquí… Gerardo, pégales un tiro en cuanto miren a una mujer…

—Sí, señor, entendido.

Chaves soltó otra risotada y se adentró con Cliff en la casa.

Aparecieron dos jóvenes. No debían tener más de diecisiete o dieciocho años, pero eran muy bellas, de formas desarrolladas.

—Margarita… Raquel… Éste es mi amigo Cliff Dixon. Traed algo de comer y un buen vino…

Las dos jóvenes sonrieron al invitado de Chaves y salieron.

—Anda, siéntate, Cliff.

Los dos hombres se sentaron, uno junto al otro, en un diván.

Entonces, Chaves dijo:

—Muchacho, no sabes cómo he recordado nuestras batallas… Aquéllos sí que eran tiempos… Valía la pena luchar por algo, por México… ¿Verdad que era bonito?

—Sí, lo es siempre que se lucha por un ideal… Pero ¿no me vas a preguntar por qué vine aquí?

Chaves entornó los ojos.

—Por mí no puede ser… Tú no sabías que yo era Chaves.

—No, no supe que eras Manuel Flores hasta que llegué a la terraza.

—Entonces, debe haber otro motivo.

—El oro.

Hubo un silencio.

—¿El oro…?

—Sí. Chaves, doscientos cincuenta mil dólares en oro que fueron robados en mi país, entre Sacramento y San Francisco.

—Vaya, es un gran botín.

—Sí, seguro que lo es.

—El tipo que haya atrapado ese oro debe de ser alguien grande…

—Un asesino… Mató a cuatro hombres mientras dormían.

—¿Eso hizo?

—Sí, Chaves. Luego, se llevó el oro… Yo voy detrás de ese hombre.

—Entiendo… Tú supones que el que lo hizo se refugió en México. Maldita sea, dime quién es… Ya puedes contar con mi ayuda. Te prometo que mis hombres y yo buscaremos al asesino.

En aquel momento volvieron a entrar las dos jóvenes. Una de ellas traía un lechoncillo en una fuente. Empezaron a disponer una mesa.

Cliff dijo:

—Hubo un superviviente en aquella matanza.

—¿Se libro de la muerte uno de aquellos cuatro tipos?

—No, eran cinco… Ese superviviente se llama Dan Tracy y está en Los Madroños… Él me dijo quién había robado el oro.

—Conque te lo dijo, ¿eh…? Oye, la mesa está dispuesta. Vamos a comer y luego seguiremos hablando.

—Espera un momento. Es mejor que lo sepas ahora. Dan Tracy dijo que tú robaste el oro.

Chaves se iba a poner en pie y se quedó quieto.

Apuntó a Cliff con un dedo y, de pronto, lanzó una carcajada.

—¿Yo…? ¿Yo con doscientos cincuenta mil dólares…?

—Si Chaves.

Chaves echó la cabeza atrás y siguió riendo mientras estremecía todo su cuerpo.

—Eso estuvo bien… Antonio Chaves con doscientos cincuenta mil dólares oro… Pero, hombre, ¿cómo has podido creer semejante cosa…? ¿Crees que si tuviese esos dólares estaría metido en este cochino pueblo…? Conque eso ha dicho ese gringo. ¿Sabes lo que voy a hacer cuando nos comamos el lechón…? Iré a Los Madroños, atraparé al fulano y, yo mismo, con mis manos le apretaré el cuello. Si, se lo apretaré tanto que le voy a sacar todo lo que tiene de

lengua.

—Será mejor que comamos el lechoncillo —dijo Cliff.

Dejó a Chaves murmurando por lo bajo y él se dirigió a la mesa.

Se pusieron a comer y a beber.

De vez en cuando, Chaves se interrumpía para contar a Cliff alguno de los episodios de guerra en que ambos hablan participado, cuando el pueblo mexicano luchaba por su independencia contra las tropas del emperador Maximiliano.

—Chaves —dijo Cliff—. Cuando me separé de ti en México, me dijiste que te quedarías en la capital.

—Es cierto.

—Te hicieron coronel, ¿verdad?

—Sí.

—¿Por qué no te quedaste en la capital?

—No me gusta aquello… Te lo confesaré. Cliff. Se hizo la revolución para nada. Sí, amigo mío, luchamos contra Maximiliano y todos creíamos que lo hacíamos por la justicia y por la libertad. Pero resultó mentira… Siguen habiendo pobres… Fíjate en esto, has vuelto a México, ¿y qué has visto…? Miseria por todas partes.

—Es posible.

—Ahí lo tienes… Nuestros jefes nos traicionaron. Ellos están en México, dándose la gran vida con lindas casas, y con lindas mujeres, y roban todo lo que pueden… Sí, muchacho, llenan la bolsa. Son gentuza…, ¿lo oyes…? Luchamos para que esa gentuza ocupase el trono del emperador Fue así como empezó todo. Un día me dije: «Chaves, tú no tienes que hacer nada en la capital… ¿Qué eres aquí? Nadie te escucha. Las grandes damas se apartan de tu lado como si olieses a establo… Tienes que volver con los tuyos allá, en las montañas de donde saliste… Pero un día volverás, Si, amigo Chaves, tú eres un hombre de verdad… Tú no puedes consentir que hagan eso con la bandera de la revolución… Tienes que hacer algo grande por México. Libertarla de los nuevos usurpadores». Eso fue lo que me dije.

Hubo un silencio.

Chaves vació el contenido de su copa. Había bebido con exceso y se notaba en sus brillantes pupilas.

Lanzó una risotada mientras se escanciaba de nuevo.

Intentó llenar la copa de Cliff, pero éste hizo un gesto negativo.

—De modo que quieres hacer tu propia revolución.

—Sí, muchacho. Pero ésta será una verdadera revolución… Se llamará la revolución de Chaves…

—Para eso se necesitan hombres y armas.

—Ya los tendré.

—Me dijeron que sólo cuentas con treinta hombres…

—Pero también te habrán dicho que he ido despidiendo a otros muchos que quisieron formar parte de mis fuerzas… Yo te diré por qué los despedía. Porque no tenía comida para ellos… ¿Te das cuenta…? No quería tener un ejército de hambrientos, pero ahora, muy pronto, sonará la hora…

—¿Y qué hará cambiar la situación?

Chaves arrugó el ceño.

—¿Qué hará cambiar la situación…? Es la mar de sencillo. Todo cambiará cuando tenga mis cañones… ¿lo oyes…? La revolución empezará cuando Chaves tenga sus cañones.

CAPÍTULO XII

—¿A qué cañones te refieres, Chaves?

—Hoy día, para hacer una revolución, hacen falta cañones. Antes se podía hacer una guerra con hombres, ¿lo entiendes? Sólo con hombres machos como tú y como yo. Pero las cosas cambiaron. Se imponen los rifles porque son mejores que los revólveres… Y los hombres de a caballo son mejores que los hombres de a pie… Pero hace falta también una artillería. Es indispensable. Un cañón vale por cincuenta hombres, o quizá por cien.

—Sí, es posible… Pero todavía no me has dicho de dónde vas a sacar los cañones.

Chaves miró fijamente a su huésped.

—Ya lo sabrás a su debido tiempo.

—¿Es que no te fías de mí?

—No puedo decírtelo si no luchas conmigo.

—¿Me estás invitando a que me una a tus fuerzas?

—Claro que sí. Y no puedes negarte. Somos viejos camaradas de guerra. Tú y yo podemos llegar juntos a la capital de México… ¿Te imaginas entrando triunfalmente mientras te saludan las mujeres y te vitorea el pueblo?

—Ya lo hicimos una vez.

Chaves dio un manotazo en el aire.

—Aquello fue una farsa.

—Sin embargo, a ti te gustó.

—Yo no sabía lo que iba a pasar entonces… Aquélla fue la revolución de los demás… Ésta va a ser la de Chaves, y te aseguro que va a resultar mucho más sonada que la otra…

—Estoy pensando que, para que llegues a la capital, vas a necesitar mucho dinero…

—Claro.

—Y también lo vas a necesitar para pagar esos cañones.

—Una guerra se hace con dinero. Pero yo lo tengo.

—¿De dónde lo sacaste?

—He hecho algunos negocios Estoy aquí desde hace cuatro años. De vez en cuando Chaves ha dado un buen golpe.

—¿En los Estados Unidos?

—No, hombre. Siempre en México. No me gusta tu país, y tú lo sabes… No entiendo a los gringos. Bueno, sólo he entendido a uno A ti, Cliff.

—Eres muy amable.

Chaves le pegó otra palmada en la espalda mientras reía.

—Tú vendrás conmigo.

—No lo tengo decidido.

—Serás mi lugarteniente… ¿Sabes lo que es eso…? El hombre más importante del ejército, después de Chaves… Te pagaré bien. Además, cuando empecemos la guerra, muchos compatriotas tuyos querrán unirse a nosotros… Necesito alguien que sepa manejarlos y sólo tú puedes hacer ese trabajo como a mí me gustaría que se hiciese. Tú eres ese hombre, Cliff.

—No vine esta vez a México para hacer una guerra. Ya te lo dije. Únicamente me interesa hacérselo pagar al hombre que asesinó a aquellos cuatro vigilantes…

—Espera un momento. ¿Por cuenta de quién trabajas?

—Mi cliente es el padre de uno de los muchachos muertos.

—¿Cuánto te pagó?

—Mil dólares.

—Muy bien, olvídalo. Yo le pagaré el doble para que te enroles conmigo, ¿lo entiendes?

—Vaya, tienes mucho dinero.

—No lo tengo ahora, pero te lo pagaré. Sí, Cliff, te pagaré dos mil dólares y eso sólo será el comienzo. No puedes ir detrás de un hombre a quien no conoces… ¿Dónde puede estar en estos momentos el fulano que mató a esos vigilantes…? ¿Cómo sabes que está en México…? Oh sí, te lo dijo ese muchacho, pero es un estúpido. Nunca debió decirte que yo era el ladrón del oro, porque es falso… Pero ya le ajustaré las cuentas.

En aquel momento, una puerta se abrió de golpe.

Un hombre entró en la estancia. Era Dan Tracy.

Se quedó sorprendido al ver a Cliff Dixon en compañía de Chaves.

Chaves, a pesar de lo que había bebido, dio un respingo, pero tampoco reaccionó al momento.

Era una escena absurda ya que los tres hombres estaban quietos, sin romper el silencio.

Detrás de Dan Tracy no se veía a nadie Entonces. Cliff Dixon dijo:

—Anda, Tracy, acércate a la mesa. Estoy seguro de que tu amigo Chaves te invitará a un trago.

Dan Tracy se acercó a la mesa y ocupó una silla, dejando a Chaves entre él y Dixon Chaves lanzó una risotada.

—Ha sido bueno… Yo estaba hablando de que te iba a ajustar las cuentas. Tracy, y eso es lo que debía hacer ahora. Partirte el cuello por esta presentación tuya. ¿Es que no te hablaron mis hombres de que él estaba aquí?

—No. Entré por la parte de atrás.

—Debiste preguntar Cliff intervino.

—No os recriminéis. Las cosas acaban mal cuando se han empezado con mal pie… No me engañaste. Chaves. Nunca creí en tu inocencia. Tu historia estaba en contradicción con tus planes… Necesitabas dinero para llevar a cabo esa revolución, para comprar los cañones.

—Esto hay que celebrarlo —le interrumpió Chaves—. Tres hombres se reúnen para luchar por México.

Llenó las copas e hizo señal a Cliff para que tomase la suya.

—Yo haré el brindis… Porque en México encontremos todos lo que buscamos. Por el triunfo de la justicia y de la libertad.

Bebió un trago y también bebió Tracy, pero Cliff Dixon se quedó quieto.

—¿Puedo hacer mi brindis? —preguntó.

—Claro —repuso Chaves.

—Por los cuatro compañeros de Tracy muertos, ya que gracias al oro que transportaban, Chaves podrá hacer su revolución.

—Eh, tu brindis no me gusta… —dijo Chaves.

—¿Por qué, si es la verdad?

—No me pongas así, muchacho Tú debes tener en cuenta algo

muy importante.

—¿Qué cosa?

—La vida de un ser humano, no tiene importancia, cuando está en juego la libertad de todo un pueblo… Deberías pensar en eso, en que la vida de cuatro hombres tiene un valor insignificante si lo comparas con la vida de millones de seres que viven en la esclavitud y en la pobreza Debes ser imparcial. Cliff… Anda, dime quién tiene razón.

—No se puede asesinar por ningún motivo. Pero en este caso hay algo más repugnante todavía. La traición de un hombre a sus amigos.

Al decir eso, miró a Dan Tracy, cuya cara parecía tallada en granito.

—Chaves —dijo Tracy con voz ronca—, te envié a este hombre para que lo matases… Fue lo convenido.

—Resultó ser mi antiguo compañero de guerra. Es un buen soldado. Dan Trataré de convencerlo para que luche a nuestro lado.

—Pero está enterado de lo nuestro… ¿Es que no lo has oído, Chaves? Sabe que yo me puse de acuerdo contigo para llevar a cabo el robo.

Cliff apretó los maxilares.

—¿Qué tal te sientes cuando recuerdas a tus compañeros cosidos a balazos Tracy?

—Ellos no se dieron cuenta. Dormían.

—Comprendo Es un bálsamo para tu conciencia. Pasaron del sueño a la muerte sin transición. Pero, dime, ¿por qué no llevasteis a cabo el robo sin matarlos? ¿Había necesidad de cometer aquella matanza?

—Si, era necesario —cabeceó Tracy.

—¿Por qué?

—Porque yo era el único superviviente. Habrían llegado a la conclusión de que sólo yo podía estar de acuerdo con los ladrones. Era el que estaba de centinela.

—Pudiste robar el oro y marcharte con Chaves sin matar a nadie.

—Habrían estado seguros de que yo los había vendido. Tuvieron que hacerse, así las cosas, y ya oíste a Chaves. ¿Qué importancia tiene la vida de cuatro hombres cuando se trata de libertar a un

pueblo?

—¿De verdad sientes tanto la revolución de Chaves? ¿Es por eso que diste tu consentimiento al robo y al asesinato?

—No tengo ganas de discutir contigo. Chaves, vine por mi parte. Ya no soporto más tiempo aquí después de esta complicación… Quiero el tercio del oro, tal como acordamos. Mi mujer y yo nos marcharemos… Tú puedes hacer con Dixon lo que quieras, pero, si yo estuviese en tu lugar, no dudaría en matarlo. Es lo que debiste hacer apenas cayó en tus manos… Si fue tu amigo, eso ocurrió hace un millón de años. ¿No lo oyes hablar? ¡No está de acuerdo contigo en nada!

—¿Es cierto, Cliff…? ¿No estás de acuerdo conmigo?

—Lo pensaré.

—Muy bien, tendrás todo el día para decidirlo.

Dan Tracy pegó un puñetazo en la mesa.

—¡No puedes concederle ningún plazo, Chaves…! ¡Sería un suicidio!

—Cliff es mi amigo y merece un trato de favor.

—¿Por qué un trato de favor si está en contra nuestra?

—Por los viejos años de guerra. Ése es el motivo.

—Oye, Chaves, esa amistad no te sirve ahora para nada. Admitiendo que Dixon fuese tu camarada de guerra, él ha cambiado mucho durante los últimos años. ¿Sabes lo que es él ahora en mi país…? Un justiciero. Un hombre que vende su revólver al mejor postor. Pero lo hace con una condición. Con la de que el trabajo que haya de ejecutar sea honorable. Eso no lo entienden los representantes de la ley Ellos también están en contra de Cliff y de los hombres como él. Pero a Cliff eso no le importa. El cree cumplir una sagrada misión… Si quieres que te dé un ejemplo, lo tienes a la visa. Es nuestro caso. Se robó oro por valor de
250 000
dólares y fueron muertos cuatro vigilantes La ley de mi país no pudo hacer nada contra nosotros desde que cruzamos la frontera. Aquí estamos seguros. Pero ¿qué pasó entonces? Un justiciero, Cliff Dixon, fue encargado de buscar a los autores de aquel robo y de la muerte de mis cuatro compañeros. Por eso está él aquí… Cliff Dixon es el único eslabón que nos une con el asalto. ¡Rompe ese eslabón y estaremos seguros para siempre!

Tras el largo discurso de Tracy, se hizo un silencio.

Chaves daba vueltas a su copa entre las manos, mientras miraba el mantel.

Finalmente, lanzó un gruñido y alzó los ojos, depositándolos en el rostro de Cliff Dixon.

—Tracy ha dado razones muy convincentes para que acabemos esto de una vez, Cliff.

—Sí, no lo niego.

—Tendrás que decidirte ahora.

Cliff dejó correr unos segundos.

Chaves y Tracy estaban pendientes de su palabra.

—Está bien. Chaves, lucharé a tu lado.

—¡Bravo, muchacho! ¡Sabía que elegirlas bien!

Tracy gritó:

—¿Cómo puedes creerlo?

—¿Es que no le has oído…? Va a luchar a mi lado.

—¡Sólo lo dice por salvar la piel!

—Ya basta, Tracy.

—Muy bien, ya basta. Quiero el tercio del oro… Me largaré de aquí hoy mismo.

—Te daré tu parte esta noche.

—¿Por qué no ahora?

Cliff se puso en pie.

—Quisiera descansar un rato…

Chaves tomó una campanilla de la mesa y la hizo sonar. En seguida entró una joven.

—Margarita —dijo Chaves—. Acompaña al señor Dixon a su habitación.

—Sí, señor… ¿Quiere seguirme?

Cliff salió del comedor y siguió a la muchacha.

Está le condujo hasta su habitación.

Cerró la puerta y se quedó solo.

Lió un cigarrillo y le prendió fuego.

Naturalmente, Dan Tracy tenía razón. Le había mentido a Chaves al decirle que lucharía a su lado.

Pero no tenía alternativa cuando Chaves le preguntó sobre lo que iba a hacer.

La puerta se abrió a su espalda y volvióse.

Una mujer se había metido en su habitación, pero no era Margarita, sino Kathy, la esposa de Dan Tracy.

—Vaya, qué sorpresa… —dijo Cliff—. La mujer que con su astucia va a ganar un tercio de 250 000 dólares… Debo darle la enhorabuena, aunque su felicidad va a estar un poco manchada de sangre.

Ella fue a abofetearle, pero Cliff la atrapó por la muñeca y se lo impidió.

Capítulo XIII

La joven exclamó rabiosa:

—¿Cree eso de mí? ¿Piensa que yo estaba informada de todo?

—No se haga la inocente. Ya se ha descubierto la olla.

—He sido una estúpida al venir aquí. Disculpe, señor Dixon.

Ella se volvió para marcharse.

—Espere, Kathy.

—¿Qué quiere, señor Dixon?

—Hábleme.

—Yo no sabía nada hasta esta misma mañana. Al fin Dan me lo confesó todo…

—¿Quiere decir que usted ha venido por primera vez al campamento de Chaves?

—Sí, es la primera vez.

—Sin embargo, su marido ha tenido que verse alguna vez con Chaves en estas dos semanas que llevan en Los Madroños.

—Sí, Dan vino aquí. También me lo ha dicho.

—¿Por qué Chaves no le dio su parte en el botín?

—Estaban pendientes de su llegada. Sabían que un pistolero había sido contratado por el padre de una de las víctimas. Pero, no sabían concretamente de quién se trataba. Dan decidió quedarse en el pueblo para acabar con ese hombre cuando llegase… Lo intentó dos veces, pero falló. Entonces, cuando usted se decidió a matarlo, Dan inventó su historia para que usted viniese a las montañas. Dan no tuvo ninguna duda de que Chaves acabaría con usted…

—Sí, era lo normal, pero yo sabía quién era Chaves.

—¿Lo sabía?

—Desde luego. Por eso me atreví a venir a las montañas.

—Pero ¿qué va a hacer usted?

—Todavía no lo sé. Mi trabajo se ha puesto muy difícil.

—Yo no estoy de acuerdo con Dan, Cuando me contó la verdad, le pedí que nos marchásemos, que renunciase al oro. Él dijo que yo estaba loca.

—Usted lo ha seguido hasta aquí. ¿Quiere decir que irá con él?

—Yo también estoy confusa —repuso la joven llevándose las manos a las sienes—. Nunca lo he estado como hoy Apenas he tenido tiempo para reflexionar.

—Chaves va a pagar a Dan su parte en el botín Usted deberá irse con su marido.

—¿Y luego?

—La decisión de lo que haga más tarde le corresponde enteramente a usted.

—Me separaré de Dan. No podría vivir con él pensando que es el responsable de la muerte de cuatro compañeros. Volveré a Corrientes Me ofrecieron el puesto de maestra. Si no han ocupado ya el puesto, enseñaré a los niños. Será difícil que rehaga mi vida, pero lo haré mejor sola.

—Me parece muy bien.

—Bueno, ya terminé —sonrió levemente la joven—. Estaba preocupada por la idea de que usted pensase que yo había consentido el asesinato y el robo…

—Es posible que lo pensase, y me alegro de que haya venido a disipar cualquier duda.

—Gracias.

La puerta se abrió de golpe y Dan Tracy entró en la estancia.

Miró en silencio a su mujer y a Cliff. Sonrió con ironía.

—Querida, no te encontré en tu habitación y pensé que quizá te habías perdido en esta casa. Es demasiado grande. Seguro que entraste aquí por equivocación.

Hubo un nuevo silencio.

Kathy respiró profundamente y dijo:

—No me perdí en la casa Vine aquí intencionadamente.

—¿Para qué viniste?

—Para hablar con el señor Dixon.

—¿Y de qué tenías que hablar con él?

—Lo sabes bien De todo lo que ha pasado.

—Cariño, eso sólo nos importa a ti y a mí.

—También a él.

—¿Lo dices en serio? ¿No sabes que Dixon quiere ser el verdugo de tu esposo? ¿O quizá te ha dicho que, si le otorgas tus favores, me dejará con vida?

Cliff dejó ir el puño derecho contra la cara de Tracy. Éste se estrelló en la pared, pero no llegó a caer Llevó la mano al revólver, pero desistió al ver que Cliff tenía la diestra en la culata.

—Anda, saca, Dan —dijo Cliff.

—¿Para qué…? ¿Para qué me mates?

Cliff dejó colgar los brazos.

—Ahora estamos en igualdad de condiciones.

—No soy un loco —sonrió Tracy—. Sé quién eres, un asesino. Un hombre muy rápido y que por eso mata al hombre que tiene enfrente… No, yo quiero disfrutar de mi oro.

—Nunca disfrutarás de él.

—Has engañado a Chaves. Le has dicho que lucharás con él, pero yo sé lo que va por tu cabeza. Sólo te interesa cumplir la misión que te trajo a México… Vámonos de aquí, Kathy…

Kathy titubeó unos instantes y por último dijo:

—Hasta la vista, señor Dixon.

—Buenas noches —contestó Cliff.

Dan se echó a reír.

—Qué emocionante despedida.

Kathy salió sin agregar nada más, pero Dan quedó allí.

—Quiero hacerte una pregunta, Dixon.

—No la hagas, lárgate.

—¿Te has enamorado de mi mujer?

Cliff se pasó el dorso de la mano por la mejilla.

—No lo sé —contestó.

—Yo si lo sé. Te has enamorado de ella y has pensado en quitármela.

—No he pensado tal cosa.

—Es comprensible. Ella es una mujer muy hermosa. Pero es mía. ¿Lo entiendes, Dixon…? Me casé con ella hace un mes. La tengo yo, un vulgar vigilante dedicado al transporte… Qué lástima que no la conocieses antes que yo, ¿verdad Dixon?

—¡Fuera! —grito Cliff.

—Comprendo que tengas nudos en las tripas —sonrió Tracy

mientras abría la puerta.

Cliff sacó el revólver.

—Voy a contar hasta tres y, si para entonces no has salido, juro que te mato.

Tracy sacudió la cabeza en sentido afirmativo.

—Está bien, ya me marcho. —Y salió de la estancia.

Cliff guardó el revólver.

Dan Tracy tenía razón.

Estaba lleno de rabia y la explicación era bien sencilla. Si, estaba enamorado de Kathy, de una mujer que no era libre, la esposa del hombre que él tenía que matar.

De pronto llamaron a la puerta.

—Adelante.

Eran Raúl y Eleuterio.

Los dos venían muy contentos.

—Eh, Dixon —dijo Raúl—, ¿sabe que comimos muy bien? Nunca pudimos imaginar que Chaves nos hiciese este recibimiento. Y eso lo debemos a usted. Raúl y yo hemos decidido servirlo mientras vivamos.

—Os traje para eso, porque imaginé que podría contar con vosotros…

—Infiernos, ya le dijimos que queríamos unimos a Chaves, pero las cosas se complicaron mucho. Ahora todo va a cambiar y seremos dos hombres importantes…

—Lo vais a ser porque nos vamos a llevar
250 000
dólares en oro.

Los dos amigos se quedaron sin habla.

Raúl tartamudeó:

—¿Quiere decir que vamos a robar a Chaves?

—Eso es.

—¿Está usted bien de la cabeza, Dixon?

—Si, muchachos Estoy en mi sano juicio.

—Pero no podemos hacer eso… ¡Chaves nos matará!

—Es un juego del que hemos de salir con vida.

—Pero eso no va a depender de nosotros.

—Dependerá en gran parte. Bastará con que llevemos a cabo nuestro trabajo con la habilidad necesaria.

—Eh, Dixon, Raúl y yo no somos nada hábiles… No sabemos ni siquiera leer, ¿lo oye?

—No es necesario saber leer para hacer esta clase de trabajo. Y basta de discusiones. Quiero vuestra ayuda… ¿Dónde puede guardar Chaves el oro?

—En el sótano —contestó Raúl.

—Muy bien, iremos al sótano.

Raúl se echó a reír.

—Ése sí que fue un buen chiste. Anda. Eleuterio dile qué pasa en el sótano.

—Hay dos hombres que vigilan.

—Acabaremos con ellos.

—No podremos acabar con ellos sin que se enteren en la casa.

—Eso es cuenta mía.

—Supongamos por un momento que logramos llegar al sótano. ¿Cómo vamos a sacar los 250 000 dólares en oro?

—Están en lingotes, y, con una carga cada uno, podremos salir.

—Eso ya lo veremos.

Eleuterio sacudió la cabeza.

—Oiga. Dixon, ¿por qué no lo deja para otro día?

—No puede ser.

—Ahora aquí estamos todos muy bien. Usted es el amigo de Chaves y nosotros también somos amigos de Chaves. ¿Por qué no disfrutar de la vida cuando tenemos una oportunidad? Usted sabe que Raúl y yo somos muy pobres. Nos hemos tenido que ganar la vida a salto de mata, y ahora, por primera vez podemos comer y divertimos gratis.

—Muy bien, entonces lo haré yo solo. Pero debo recordaros algo. En cuanto Chaves sepa que yo le he robado su oro, vosotros seréis colgados por los pulgares. Ahora con más motivo que nunca, puesto que vosotros me acompañasteis hasta la montaña.

Raúl y Eleuterio se miraron con tristeza. Por último, Raúl dijo:

—Señor Dixon, ¿no podemos hacerle cambiar de idea?

—No, Raúl. Está ya decidido. Además, recordad que vais a tener una parte de la recompensa.

—Está bien, Dixon, ¿a qué hora robamos el oro?

CAPÍTULO XIV

Kathy estaba junto a la ventana.

Dan caminó hacia su esposa, la tomó por los brazos y la hizo volver.

Fue a besarla en los labios, pero ella retiró la cabeza.

—Por favor, Dan.

—¿Qué te pasa?

—Tú sabes lo que me pasa.

El sonrío.

—Quieres que devuelva el oro.

—Sí.

—Muy bien, iré a Chaves y le diré: «Eh, amigo, voy a deshacer el trato que hicimos… Quiero el oro que robamos para devolverlo a California. Kathy me ha aconsejado eso, y yo he de hacer lo que me diga mi mujercita».

Dan se apartó de Kathy riendo.

—¿Qué crees que haría Chaves? Yo te lo diré. Pensaría que estoy chiflado y, en la fracción de segundo siguiente, me llenaría el cuerpo de agujeros. ¿Es eso lo que quieres?

¿Un marido lleno de agujeros?

—Hay otra solución.

—¿Cuál?

—Pídele ayuda a Cliff Dixon Estoy segura de que él te la prestará.

—Oh, sí, claro, él me la prestará y de esa forma será proclamado héroe.

—No se trata de eso. Hay otra cosa mucho más importante.

—Oh, sí, se trata de que cuelguen a tu marido.

—No, Dan.

—Baja de la luna, Kathy. ¿Qué me pasará si regreso a California llevando el oro…? ¿Piensas acaso que me darán un homenaje y el presidente de la compañía de transporte soltará un discurso poniéndome como ejemplo de empleados?

—No, ya sé que no.

—Entonces, ¿qué es lo que te ocurre?

—Dixon llevará el oro y nosotros nos quedaremos en México. Sí, Dan, estoy dispuesta a seguirte donde sea.

—Qué hermoso plan. Tú y yo sin un centavo en un país extraño. ¿Y qué es lo que haremos?

—Trabajar.

—No sabes lo que dices…

—Lo sé. Dan. Y es lo mejor para los dos.

—No, cariño. Yo sé lo que es mejor para los dos Quiero un tercio del oro. Con eso seremos ricos Nos iremos a un pueblo de la costa. Me han dicho que el clima es muy parecido al de California. Compraremos una casa, y tierras para que otros las cultiven para nosotros No tendremos que preocuparnos del futuro… Aquél será nuestro hogar y allí tendremos nuestros hijos…

—No cuentes conmigo. Dan.

—¿Cómo?

—Ya lo has oído. No iré contigo a ese lugar de la costa.

—¿Y qué harás?

—Separarme de ti.

Tracy rió estremeciendo los hombros.

—De modo que le correspondes.

—¿Qué estás diciendo?

—Cliff Dixon te ama.

—Es una tontería.

—Y tú lo amas a él…

—No, Dan, no digas eso.

—¿Por qué no, si es la verdad…? Él es el caballero noble y puro, y yo el criminal, el corrompido.

—Cállate, Dan.

—¡No me da la gana callarme! Juraste que me amarías toda la vida, y han bastado unas semanas para que se interponga un hombre entre nosotros.

—Tú me engañaste, Dan… No eres el hombre de quien yo creí

haberme enamorado.

—Conque no lo creíste, ¿eh…? No estabas segura. Todo lo tuyo fue un espejismo.

—Llegaste a mi casa como un perseguido. Habían cometido una injusticia contigo, te consideraban un ladrón. Yo te creí. Tenía fe en ti Me dijiste que me necesitabas más que nunca.

—¿Fue eso lo que te impulsó a casarte conmigo?

—Sí.

—¿Y antes? ¿Qué es lo que habías sentido antes por mí? ¿Qué te pasaba cuando te tenía entre mis brazos hace seis meses? ¿Qué te ocurría cada vez que te besaba en los labios, cada vez que te abrazaba?

—Cállate, por favor.

—Te avergüenzas de esos recuerdos, ¿eh…? Oh, sí, claro, ahora dirás que eras una pobre muchacha que nunca había conocido el amor y que, al verme, sentiste despertar en ti tus sentidos de mujer.

Ella se cubrió las orejas con las manos.

—¡No quiero escucharte! ¡Estás diciendo cosas horribles!

Dan la tomó por las manos y dio un tirón.

—Quiero que me sigas. Soy tu marido y tengo derecho a que me escuches.

Ella respiraba jadeante…

—Por favor. Dan, no prolonguemos más esta situación… Sigue tu vida y yo seguiré la mía.

—Sí, claro, tú continuarás tu vida al lado de Cliff Dixon… Es eso lo que me propones, ¿verdad…?

—Sólo iré con él mientras le sirva de ayuda para devolver el oro.

—¿Crees que soy un ángel que baja del cielo…? Tú lo seguirás hasta el mismo infierno.

—Te equivocas. Es a ti a quien seguiría hasta el mismo infierno.

—¿Por qué…? ¿Porque me quieres?

—Porque es mi deber.

—Qué gran esposa tengo. Tus palabras son conmovedoras… Casi me has convencido… No puedo perderte. Sí, nena… Por un momento pensé en enviarte al diablo, en dejarte. Ahora vendrás conmigo… ¡Pero nos llevaremos la parte de oro que nos corresponde!

—No, Dan…

Tracy la atrapó por el cuello.

Kathy trató de librarse de aquellas manos, pero Dan la apretó contra la pared. La besó con rabia en los labios.

Ella trató de desasirse, pero no pudo.

Finalmente, él apartó sus labios de los de Kathy y dijo:

—Métetelo en la cabeza, nena. Eres demasiado hermosa para que deje que Cliff te ponga la mano encima. ¿Lo oyes bien? Eres mía y lo seguirás siendo para siempre. Robé y dejé que matasen a mis compañeros por ti.

—¡No digas eso, Dan! ¡Es falso! ¡Nunca te pedí nada! —Pero tú merecías lo mejor y lo vas a tener gracias a tu marido.

CAPÍTULO XV

Chaves había seguido bebiendo.

—María, ¿nadie te ha dicho que tienes un cuello precioso?

—Claro que sí, Antonio.

—Dime quién te lo ha dicho y le corto en pedazos.

—Tú, querido.

Chaves se quedó un momento perplejo y luego lanzó una carcajada.

Hizo cosquillas a la joven y ella se puso a dar gritos.

Gerardo entró en la habitación.

—Jefe…

—Estúpido, ¿es que no ves que estoy despachando un asunto importante?

—Se trata de Steve Price.

—¿Qué pasa con Steve Price?

—Está aquí.

—¿Cómo?

—Acaba de llegar con otros cuatro hombres.

Chaves se levantó bruscamente.

—¿Qué estás haciendo ahí, Gerardo…? Haz entrar a Steve Price.

Gerardo hizo un gesto afirmativo y salió de la estancia.

—Y tú, lárgate —le dijo a María.

Transcurrido un minuto, se oyeron pasos y apareció en la puerta un hombre de unos cuarenta y cinco años, de cabello rojizo.

Chaves le salió al encuentro y lo recibió con los brazos abiertos.

—Bien venido, Steve… ¿Tienes los cañones?

—¿Tienes tú el oro, Chaves?

Chaves se echó a reír.

—Claro que lo tengo… Te di mi palabra de que no fallaría.

—¿Dónde está?
—En el sótano.
—Quiero verlo.
—En primer lugar, hablemos de los cañones.
Steve sonrió, aunque lo hizo con suavidad.
—Están más cerca de ti de lo que supones.
—¿Dónde?
—A quince millas.
Chaves fue agrandando poco a poco los ojos.
—¿Cuántos cañones traes?
—Los prometidos. Seis.
Chaves cerró los puños y los levantó.
—¡Seis cañones…! Es lo que yo necesito para ser el más poderoso…
—Yo también cumplí lo que prometí. Los cañones están al pie de la montaña, en el Valle Seco…
—Nos haremos cargo de ellos esta misma noche.
—Primero tienes que pagar.
—No, no haremos, así las cosas.
—¿Por qué no?
—Llevaremos el oro al Valle Seco y allí, a la vista de los cañones, te pagaré. Es lo justo, lo razonable.
—Está bien, Chaves. Lo haremos como tú quieres.
Chaves dio una palmada en la espalda de Steve Price.
—Ahora van a saber en México quién es Antonio Chaves… Con esos cañones podré iniciar mi ofensiva. Luego, atacaré el cuartel del general Uribarri. Él tiene tres cañones… Haré polvo el cuartel y me apoderaré de su artillería. Entonces. Chaves tendrá nueve cañones… Las tropas del gobierno emprenderán la huida, pero sólo escaparán los que se salven de nuestras balas… Después de derrotar al general Uribarri, será un paseo apoderarse de media docena de pueblos… Todos los ricos tendrán que pagar… Todos aportarán su dinero para que Antonio Chaves haga su ejército mucho más grande. Ya veo México ardiendo, en pie de guerra, y todos pronunciarán con respeto, con admiración, el nombre de Antonio Chaves.
—Perdona que interrumpa ese sueño…
—No es un sueño.
—Como tú quieras, Chaves. Pero será mejor que nos pongamos

en camino cuanto antes… Mis hombres están esperando nerviosos. Hemos hecho un largo camino para traer los cañones.

—Eres un zorro, Steve. No has pagado por esos cañones ni la mitad de lo que yo te voy a pagar por ellos.

—¿Te pregunto yo lo que vas a ganar con los seis cañones…? Teniendo en cuenta el precio que pagas y lo que vas a conseguir, harás el mejor negocio de tu vida.

—Si, eso es verdad.

—Entonces, no hablemos más.

—Ahora mismo daré la orden para que se preparen los hombres.

—Eh, Chaves, pero no te olvides del oro.

Antonio Chaves rió otra vez con fuerza.

—No te preocupes. Steve. También llevaremos el oro.

En aquel momento se abrió la puerta y Dan Tracy entró en el salón.

—No te he mandado llamar —le dijo Chaves.

—No, ya sé que no. Pero no puedo esperar más… Además, tengo la impresión de que he llegado a tiempo. Oí desde fuera que estabais hablando del oro. Es una buena oportunidad para que me des mi parte.

Chaves se tironeó del lóbulo de una oreja.

—Oye, Dan, vamos a hablar claro de ese oro, y de nosotros dos…

—¿Qué te pasa, Chaves?

—Necesito todo el oro.

—¿Todo…? ¿Mi parte también?

—Sí, tu parte también.

—Será mejor que lo olvides.

—Oye, muchacho… Tienes la oportunidad de ser un hombre famoso.

—No trates de convencerme. Chaves. Yo no he nacido para ser un héroe.

—Se trata de México, del pueblo que sufre… De la libertad…

—Déjate de tonterías… Tú harás tu revolución particular porque eres ambicioso, ¿crees que no te conozco. Chaves?

—¿De veras me conoces?

—Mucho más de lo que tú crees.

—¿Y cómo soy…? Anda, dilo.

—Estás resentido contra tus jefes en la última revolución. Me lo contaste un par de veces en que te emborrachaste. En México había un centenar de hombres más importantes que tú… Llegarte allí creyendo que te ibas a hacer el amo, que te iban a dar medallas, y que tendrías todas las mujeres que quisieras, como siempre lo has hecho cuando llegabas a un pueblo con tu ejército de aventureros… Pero en México tuvieron que establecer el orden y te ataron corto. Estoy seguro de que, si te hubieras quedado allí unas cuantas semanas más, te hubiesen ahorcado… Tú eres un peligro para ellos…

—Estás hablando demasiado, Tracy.

—En este negocio yo he respetado tus intereses. Tú querías tu parte en el oro para comprar cañones y rifles, para formar un ejército. Ya sé lo que le espera a México, porque tú solo vas a luchar por ti mismo. Pero yo también he luchado por mí… Somos tal para cual, sólo que yo me conformo con tener una casa en la costa del Pacifico… No quiero la gloria, eso queda para ti…

—Muy bien, vas a tener lo que has deseado.

—Gracias por tu amabilidad.

Chaves sacó el revólver y apretó el gatillo.

Tracy recibió la bala en el pecho y se fue contra la puerta de entrada.

Desorbitó los ojos y abrió la boca.

—Chaves… Esto no es justo.

—Tampoco fue justo lo que hiciste. Cuatro de tus compañeros murieron, y ellos no protestaron.

—Pero ellos… dormían…

—Tú también vas a dormir —repuso Chaves y disparó otra vez.

La bala se enterró muy cerca de la primera.

Las piernas de Dan Tracy se doblaron y todo él se vino abajo.

Chaves dio un suspiro y dijo:

—Ya lo ves, Steve… Era un ambicioso… Siempre he dicho que la ambición o una mujer es lo más rápido para que un hombre llegue pronto al infierno.

* * *

Cliff descargó la pistola sobre la cabeza del primer guardián que habían encontrado en el camino al sótano.

Raúl y Eleuterio muy eficientes, sostuvieron al desmayado antes de que llegase al suelo.

—Cuidado. Dixon —dijo Raúl—. El otro centinela está a la puerta del sótano. Lo vimos antes.

—Silencio.

Cliff se deslizó por el corredor.

Asomó la cabeza por la esquina y vio al centinela en la puerta del sótano.

Se dirigió hacia él.

El hombre se apartó de la puerta.

—Eh. ¿Qué hace usted aquí?

—Chaves me dijo que debo ir a la otra parte.

—Para ir a la otra parte no hace falta pasar por este corredor… ¿Y dónde está Pedro, el otro centinela…? Tuvo que darle el alto.

Cliff sacó el revólver rápido y le clavó el cañón en la barriga.

—A callar, muchacho, y abre esa puerta.

—Está loco, ¿qué va a hacer ahí dentro…?

—Quiero hacer una visita a la tesorería de Chaves.

—¿Para qué?

—Te he dicho que abras la puerta o te echo a perder el ombligo.

—Sí, ahora mismo…

Eleuterio y Raúl aparecieron por la esquina arrastrando al primer centinela.

El segundo centinela abrió la puerta que conducía al sótano.

Entonces. Cliff lo golpeó en la cabeza.

El mexicano se desplomó, pero Cliff lo empujó suavemente para que cayese a la otra parte del hueco.

Raúl y Eleuterio llevaron a Pedro con su compañero.

Luego, los tres salteadores penetraron en el sótano y cerraron la puerta.

Eleuterio se quedó con los dos caídos y Cliff y Raúl bajaron por la escalera de piedra.

Estaba muy oscuro.

Cliff encendió un fósforo y lo prendió a las antorchas de la pared.

El oro estaba en sacos. Extrajo uno de los lingotes para cerciorarse.

Raúl encanutó los labios y lanzo un silbido mientras observaba

el contenido de uno de los sacos.

—Dios mío, esto es la cueva de
Ali-Baba.

Los sacos en total eran seis.

—Tocamos a dos por cabeza Vamos, de prisa. Sube a Eleuterio dos.

Salieron al corredor sin novedad.

De pronto se oyeron pasos.

—¡Por San Pancracio! —exclamó Raúl—. ¡Vamos a ser descubiertos!

Justo en ese momento se oyó la voz de Chaves.

—¿Dónde demonios fue el centinela que debía estar aquí?

—No sé —contestó Gerardo con voz preocupada—. Era Pedro. Lo vi hace un rato.

Raúl fue echar a correr dejando los sacos en el suelo, pero Cliff lo detuvo.

Señaló un recodo que estaba en el camino opuesto a aquél por el que habían venido.

Los tres corrieron hacia allí.

No tuvieron más remedio que detenerse porque al final había una pared lisa.

Cliff se puso el dedo en los labios para que Eleuterio y Raúl guardasen silencio.

Chaves y sus acompañantes llegaron a la puerta del sótano.

—¡Gerardo! —gritó Chaves—. ¡Tampoco está el otro centinela…!

—No lo comprendo.

—¿Qué es lo que no comprendes, estúpido…? Está bien claro… Aquí ha pasado algo. Mira, la puerta está abierta…

Eleuterio, detrás de Cliff, estuvo a punto de lanzar un grito. Al apoyarse en la pareó ésta había cedido.

—Es una puerta —murmuró—. Pero no sabemos dónde irá a parar…

—Vamos por ahí Y lo averiguaremos —dijo Cliff.

Los tres desaparecieron por el pasadizo, que estaba completamente a oscuras.

Eleuterio tropezó con un peldaño y lanzó una maldición.

Subieron por una escalera y salieron a un corredor que Cliff ya

conocía porque en él se ubicaba la habitación que le habían destinado.

—Señor Dixon —oyó de pronto una voz a su espalda.

Eleuterio dio un grito.

Cliff se volvió y vio a Kathy. El rostro de la joven estaba muy pálido.

Kathy acudió al lado de los tres hombres.

—Mi marido ha sido asesinado, Cliff.

—¿Quién lo hizo?

—Chaves… Oí disparos y salí de mi habitación. Tuve un presentimiento… Encontré a Dan en el salón. Le dispararon dos balas en el pecho… Me encontré con una muchacha… Fue ella quien me dijo que había sido Chaves…

En aquel momento se oyeron gritos procedentes de la planta baja de la casa.

—¡Por San Pancracio! —exclamó Eleuterio—. ¡Ya han descubierto que falta el oro…! ¡Se acabó lo bueno!

Raúl miró implorante a Cliff.

—¿Qué hacemos ahora, señor Dixon?

Eleuterio dejó caer sus dos sacos.

—Está bien claro… ¡Sálvese quien pueda y adiós oro!

—Sin perder la cabeza, muchachos —dijo Cliff.

—Kathy, llévanos a tu habitación… Nos esconderemos allí durante un rato.

La joven los condujo a la habitación que había compartido con Dan Tracy.

—Eleuterio, Raúl —dijo Cliff—. Meteros debajo de la cama.

Eleuterio dejó caer los sacos de oro y se arrojó al suelo.

—¡Con los sacos! —Le hizo recordar Cliff—. ¿O es qué quieres dejar aquí una prueba?

Poco después los dos mexicanos y los sacos con el oro desaparecieron bajo el lecho.

Kathy dijo:

—Creo que no os va a servir para nada.

—Yo me esconderé tras las cortinas —repuso Cliff.

—¿Pero, cómo vais a salir de aquí?

—Tú también vendrás con nosotros. Ya daré con alguna forma.

Cliff se escondió detrás de las cortinas.

Apenas lo había hecho cuando se abrió la puerta bruscamente y entró Chaves seguido por Steve Price y tres de sus sombres. Todos tenían el revólver en la mano.

Kathy levantó la barbilla y lo miró con ojos desafiantes.

—Es usted un asesino, un miserable…

—¿Ya te enteraste, Kathy?

—Sí, he visto a mi marido muerto…

—Bah, fue poca cosa…

—¿Cómo se atreve a decir eso?

—Él era un gusano. No merecía una mujer como tú…

—Usted consiguió el oro gracias a Dan.

—Lo habría conseguido de todas formas. Pero me alegro de haber hecho un pacto con él… De esta forma. Dan te trajo a México la mujer más hermosa que ha pisado mi casa… Has quedado sola, pero no tienes que preocuparte. Chaves va a cuidar de ti…

—Me arrojaría por una ventana antes que permitir que usted me tocase.

—Ya hablaremos de eso luego. Ahora no he venido para hablar de asuntos personales. Tu amigo, mi viejo camarada Cliff Dixon, me la acaba de jugar… Él y sus dos hambrientos cómplices, Raúl y Eleuterio, se han llevado mi oro.

—Cuánto me alegro.

—¿Dónde están?

—No tengo ni la más ligera idea. ¿Por qué me hace esa pregunta…? ¿Cree que los he escondido debajo de la cama?

Cliff, detrás de las cortinas, pensó que Raúl y Eleuterio estarían sudando sangre.

Gerardo echó a andar hacia la cama diciendo:

—¿Sí?, ¿por qué no van a estar ahí debajo?

—Gerardo, eres un estúpido —exclamó Chaves—. No pueden estar ahí…

—Entonces, ¿dónde están?

—No te preocupes. He tomado mis medidas, no pueden escapar. Están atrapados en una trampa… Vámonos de aquí de una vez.

Chaves, Prince y sus hombres salieron de la estancia.

Cliff se dejó ver tras las cortinas.

También él tenía el revólver en la mano, que ahora enfundó.

—¿Qué habría pasado si hubiesen mirado debajo de la cama? —

preguntó Kathy.

—Mi primera bala habría sido para Chaves.

—Pero ya has oído lo que ha dicho. Tiene a todos sus hombres en pie de guerra. Nunca podremos salir de aquí.

En ese momento se abrió otra vez la puerta y Chaves dijo:

—Te creíste muy listo, Cliff. Pero te dije hace unos años que yo lo era más que tú… Y aquí está la prueba… No, no muevas esa mano hacia la pistola o juro que te mato antes de tiempo. ¿Crees que no sabía que estabas detrás de las cortinas? Y vosotros, pedazos de idiota, salid de esa cama, pero con las manos vacías.

CAPÍTULO XVI

Eleuterio y Raúl salieron de debajo de la cama.

Tuvieron que hacerlo de una forma muy difícil, con las manos extendidas para demostrar que no manejaban el revólver.

Se quedaron arrodillados.

—Señor Chaves —dijo Eleuterio—. Somos sus amigos. Nos enteramos de que le iba a robar el oro y, entonces, Raúl y yo decidimos traerlo aquí para guardarlo.

—Por decir ese chiste te voy a hacer algo especial, Eleuterio…

—Muchas gracias.

—Te traspasaré los riñones con cuchillos al rojo vivo.

—¡No me duelen los riñones!

—Calla, imbécil, o te meto una bala por la boca.

—Sí, señor, ya me callo.

Gerardo, Steve y los otros estaban en la puerta, amenazadores, con sus armas.

Kathy dijo:

—Le pediré un favor en nombre de mi marido, señor Chaves.

—Habla.

—Quiero que nos deje en libertad a los cuatro.

—¿Cómo…?

—Usted se queda con la parte de oro de Dan y deja que nos marchemos. Al fin y al cabo, lo que le interesa a usted es el oro, y ya lo tiene.

—No, dulzura, no hay acuerdo. Y yo te diré por qué. Ese Cliff es un hueso. No pararía hasta hacerme escupir el botín. Es uno de esos testarudos… Tu marido lo definió bien. Admito que, por unos momentos, pensé que él me podría servir de ayuda. Por eso traté de que se uniese a mí, pero ya has visto el resultado… No, cariño. Cliff

es de esos hombres que están mejor muertos que vivos… Luego tenemos a esos dos, Eleuterio y Raúl, un par de imbéciles que se atrevieron a quitarme dos mujeres… Ahora lo pagarán.

Cliff Dixon sacudió la cabeza.

—Está bien, Chaves. Tienes una razón para matarme y también la tienes para matar a Raúl y Eleuterio.

—Gracias por ser tan comprensivo.

—No me has dejado terminar, Chaves… Quería decirte que no tienes ninguna razón para obligarla a ella a que permanezca aquí. Déjala en libertad. No te hará ningún daño…

—¿Quién dice que no…? Ella puede ir con el cuento.

—Suponiendo que lo hiciese, te tiene sin cuidado… Vas a empezar tu revolución particular y las autoridades de los pueblos cercanos nada podrán contra ti… Por otra parte, estoy seguro de que ella sólo informará a las autoridades de Estados Unidos para que se sepa bien claro lo que pasó con el oro… Y tampoco en ese caso sufrirás las menores consecuencias.

—Has hecho muy bien su defensa, Cliff. Pero la sentencia no es absolutoria.

—¿Por qué no?

—Porque quiero quedarme con ella.

—Hablas de Kathy como si formase parte de tu botín.

—Sí, eso es, forma parte de él.

—No tienes ningún derecho a hablar así… Debes contar con su consentimiento y, si ella no se quiere quedar, debes dejarla ir.

—Estoy acostumbrado a tratar con mujeres que no querían al principio a Antonio Chaves. Pero te voy a decir una cosa, Cliff, y eso también vale para ella. Las que más me odiaron, más me amaron después.

—Es usted, repugnante —dijo Kathy.

—Te pediré tu opinión sobre mí dentro de unos días. Ya verás cómo entonces has cambiado mucho.

Cliff dirigió una mirada a Raúl y a Eleuterio.

Era la misma clase de mirada que les había dirigido en otra ocasión, cuando también estaban encañonados.

Esta vez Raúl dio un respingo y faltó poco para que gritase que se estuviese quieto.

Cliff dio un paso hacia la joven diciendo:

—Kathy, será mejor que te conformes con tu suerte.
—¿Qué dices, Cliff?
El joven siguió andando hacia ella y tropezó con Eleuterio.
Se dejó vencer en el suelo al tiempo que sacaba y hacia fuego.
Raúl y Eleuterio, que seguían de rodillas, se dejaron caer de bruces mientras se ponían a disparar.
Cliff había elegido como blanco a Chaves.
El jefe de los forajidos recibió tres plomos, dos en el estómago y uno en el pecho.
Se fue hacia donde estaban sus hombres, los cuales se hallaban mal colocados y tuvieron que saltar a derecha e izquierda para no herirlo.
Raúl y Eleuterio contaron con una ventaja que aprovecharon muy bien.
En un momento Steve Price y otros dos hombres se pusieron a danzar como muñecos de resorte y, finalmente, se derrumbaron.
Gerardo y otro forajido levantaron los brazos diciendo:
—No disparen…
—Alto el fuego, muchachos —ordenó Cliff.
Eleuterio dijo:
—Ese Gerardo es un bastardo. Le voy a hacer un agujero.
—No, Eleuterio. Gerardo y el otro prisionero nos servirán para salir de esta ratonera… Ellos dirán a los demás hombres que Chaves ha muerto… Sólo así se evitará más derramamiento de sangre…

* * *

El Presidente de la Compañía de Vigilantes de California, Charles Farrell, estrechó la mano de Cliff Dixon.
—Señor Dixon, lo que usted ha hecho será publicado en todos los periódicos para que el país entero tenga conocimiento de su hazaña.
—Muchas gracias, pero yo me doy por conforme con la recompensa.
—Oh, sí, desde luego. Aquí tiene el talón que cubre el diez por ciento.
Eleuterio y Raúl, detrás de Cliff, dieron unos pasos para mirar el talón que Cliff recogía de manos de Charles Farrell.
Los dos estiraron el cuello.

—
25 000
dólares —dijo Raúl.

—Por San Pancracio, ¿cuántas botellas de tequila se pueden comprar?

—Muchas, Eleuterio —contestó Cliff—. Y hablando de eso, os invito a un trago. Luego iremos al Banco y haremos el reparto.

Eleuterio y Raúl se frotaron las manos.

Iban a cobrar 5000 dólares cada uno de la recompensa y el resto sería para Cliff.

Salieron de la oficina y se encaminaron hacia el *saloon* más próximo.

Se entretuvieron más de la cuenta en el local.

En un momento determinado, Cliff miró el reloj y dijo:

—Eh, muchachos, vamos al Banco. Mi tren sale dentro de media hora y apenas tengo tiempo.

—¿Adónde vas, Cliff?

—A Corrientes.

Levantaron los vasos de *whisky* y Eleuterio dijo:

—Por el futuro matrimonio de Cliff y de Kathy… Así sea.

Los tres amigos bebieron aquel trago y se encaminaron rápidamente al Banco.

Poco después. Cliff viajaba en el tren que lo conducía al lado de Kathy, de la que ya no se apartaría nunca.

FIN

Arcadia





EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)
PRECIO EN ESPAÑA: 15 PTAS.

Impreso en España
Printed in Spain